

Álvaro Cunqueiro



Cuando el viejo Sinbad vuelva de las islas



Lectulandia

El viejo Sinbad continúa esperando que aparezca la nave *Venadita*. Algunos, incluso entre sus propios tripulantes, niegan que tal barco exista, y cuando Sinbad invoca, encendido el rostro, higos melosos, mondadientes griegos o una cola de pez, los hay que sonrían y se miran entre ellos. Pero Sinbad sigue esperando la nave y la sirena: «Cada corazón tiene su gacela».

Consciente del drama humano, pero también de que la tristeza es traición de lesa humanidad, Cunqueiro no renuncia a la sonrisa y la socarronería para escribir estas raras aventuras; porque mejor que quejarse o maldecir es creer que hay *Venadita* e islas Cotovías —siete, como siete mondas de naranja relucientes al sol—. Mantener, contra la terca realidad del agua y de la nada, más terca la esperanza: haberlas, haylas.

Lectulandia

Álvaro Cunqueiro

**Cuando el viejo Sinbad vuelva de las
islas**

ePub r1.0

Titivillus 17.12.17

Título original: *Si o vello Sinbad volvese ás illas*

Álvaro Cunqueiro, 1961

Traducción: Álvaro Cunqueiro

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Emilio Álvarez Blázquez

*... ser
bueno, grande y alegre, hermoso y libre;
solo eso es Vida, Alegría, Poderío y Victoria.*

P. B. SHELLEY

PRIMERA PARTE
RETRATO DEL DICHO SINBAD EL
MARINO

Tiró las mondas de naranja al mar. Le goteaba el zumo por las espesas barbas. Le gritó al rapaz, que estaba haciendo unos estrobos en la lancha.

—¡Sari! ¡Mira para esas mondas que tiré al agua! ¿Ves lo amarillas que son? Pues así son clareando al alba, las islas de las Cotonías. Solamente falta la del medio, la que tiene la montaña verde.

—¡No hay tales islas, Sinbad! Dijo Adalí que al Sur no había nada.

—¡Hay, hay! ¡Están las islas de las Cotonías como siete naranjas!

Con el remo separó Sinbad las dos mondas mayores, para hacer por entre ellas el estrecho de Miraquienviene, y después empujó un pequeño leño por él, queriendo imitar la nave del sultán de Melinde cuando toma vientos por aquella puerta, procurando las ondas del mar mayor, más allá de los angostos.

—¡Sari, escúchame, hombre! ¡Te lo pido por favor!

—¡No hay Cotonías, Sinbad!

Sari se volvía para Sinbad, riendo.

—¡No hay nada! ¡No hay nada! —gritaba.

El viejo piloto, que estaba sentado en una pipa de miel de Chipre, le mostraba sus manos al pequeño Sari, el cual, habiendo terminado los estrobos, brincaba, tan ágil como un negro, de lancha en lancha, hasta caer, en el último salto, al lado de Sinbad. Se arrodilló delante de él y le palmeó en los muslos.

—¡Sinbad, mi señor amigo, no hay nada! Te beso las rodillas, pero no hay nada más que agua, y después agua, y finalmente todo el mar corre por entre las patas espinosas del Dragón, que papa barcos como tú cerezas, y escupe la clavazón como tú los huesos.

—Sari amigo mío, según estoy viendo ahora mismo las manos mías que tantas veces acariciaron el timón, tan claramente vi en el Sur las islas de las Cotonías. Llevábamos diecinueve días de mar y dije para mí: ¡Qué bien vendrían ahora unas islas y una sed de agua fresca! Y cata las islas de las Cotonías, anaranjadas, balanceándose como naves. En los muelles de la mayor, a la que aproábamos, había gente paseando, con grandes quitasoles. Le dije al segundo que me estribase bien el turbante nuevo, un damasco que comprara hacía poco, salmonete veteado, y eché por los hombros una toquilla verde que se sujeta con hebillas de plata. Había que poner pie con señorío, que yo navegaba por el sultán de Melinde, que no es un

cualquiera.

—¿Vive todavía?

—¡Siempre hay sultán en Melinde, amigo! ¡Siempre hay sultanes en el mundo! Ninguno de los cotovianos miraba para nosotros, Sari. Estaba mi nave ancorada a doce brazas del farol de los muelles, y nadie nos miraba. Toda aquella familia de los quitasoles seguía paseando, hablando entre ella y con unos perritos que corrían, muy famosos, con dos rabos... Sí, Sari querido, tienes que creerme: tenían un rabo en cada nalquita, los dos muy rizados, muy saludadores. Ni la gente ni los perros se enteraban de que estábamos allí. Les gritábamos y no nos oían. Parecían nación de linterna sorda. Entramos en aquella tierra algo desconfiados, no fuese burla, como en Cipango, que allí el Sogún, cuando se anuncia gente forastera que llega por la banda del mar, manda tender una grande tela pintada en la que están puestas al natural suyo playas solaces y bahías abrigadas, y un gigante que tiene de cámara está con un puntero invitando y diciendo los nombres de la costa, como en lección de geografía, y se acercan las naves, pero allí están, al pie de la tela pintada, unos bajos que llaman de las Arañas, y aquellas se pierden y los remolinos devoran la gente. Entramos en la isla, Sari, como te iba diciendo, y no nos veían ni oían. Pasábamos por entre ellos y no se apercibían. Sari, tienes que creerme. ¿Qué te cuesta, hombre? Te digo que los pasábamos de través y eran como nubes. Avisé a la gente para llenar de agua las barricas, y la apuré, que me entraba miedo de la noche en aquella isla. No se veían casas. No había más que arena amarilla, fuentes e higueras, y allá lejos la cumbre verde, brillante como una esmeralda. La gente, que es negra, hombres muy altos, con grandes blusas coloradas y cada quisque con su quitasol de fleco, hablaba ronco y con mucha franqueza, y había un fulano que tenía que ser terco y más bien impulsivo, que al hablar con los otros, poniendo razones, el cabezudo pegaba en los quitasoles de los contertulios con el suyo, gritando iracundo: ¡ajá, ajá, tujá! Solamente había uno del que pudiera decirse que fuese pequeño, y este andaba aparte, saltando a la cuerda con su perro. No se vieron mujeres ni niños. Aquella isla es muy hermosa, Sari. Coges arena, y es como si cogieras lana de Siria, y corre agua por doquier, según brota de las fuentes, que son todas altas y nada apozadas, y sale como nieve de fría, se va calentando por regatos orillados de hierba en aquellas arenas, y vienen de las otras islas, en las que no debe haber fuente, pájaros en bandos a beber, y lo hacen por naciones de golondrinas, alondras, tórtolas y jilgueros, y los pájaros de allí al silbar lo hacen perfumado. ¡Parece que en vez de venir de una isla vinieran de un frasco de aroma!... Como se dejaba caer la noche, y los más de los cotovianos se retiraban por un camino que subía al pie de un cercado de higueras, metimos las barricas de agua en la nave, y determinamos de alejarnos algo, al abrigo de la isla tercera, y todo el botín que sacamos de las Cotonías fue el agua fresca y una gran cesta de higos moles, unos higos abridores que vertían miel por las heridas, amén de la novedad de ver las islas famosas. Un marinero quiso robar un perro, pero no había modo de cogerlo, que era como agarrar humo, y lo

pasaban las manos, y lo sujetaban por las orejas, y no apretaban más que un poco de áspero y color, que es como no apretar nada.

Sari callaba atento, con el encanto del relato. Sinbad hizo que se cacheaba.

—Si tuviese aquí mi bolsa de cuero atrezado verías arenas de las islas de las Cotovías. Hay polvo de oro en los batihojas del bazar que brilla bien menos. Como te iba diciendo, nos pusimos al reparo de la isla tercera, que es redonda y tiene alrededor canales de mucho sosiego. Entre las islas cae un paso que se llama el estrecho de Miraquienviene, y por él sale para Indias el sultán de Melinde cuando va a buscar mujer nueva, que le avisan sus estrelleros que va a haber planeta, y entonces él muda de parienta. Y el sultán tiene la enemistad de un viento nomoroeste que nace a la derecha del Preste Juan, en la Cueva Cachimba, que se llama así porque siempre está humeando, y el sultán se viene callandito a Miraquienviene, haciendo noches reposadas, y está avizor, y cuando el viento enemigo se va a su cueva a almorzar, o a peinarse, oponerse capa nueva, mi sultán se mete de perfil por el estrecho, toma corrientes y el viento del sureste, y se pone en Trapobana muy fácil, tocando la flauta, que es muy músico.

Sinbad silbó unas escalas: ¡piolipí, piró, pirolipí!

—Esta la sacó el sultán para mí cuando dejé Melinde, viniéndome para mi casa.

—¿Por qué volviste, mi señor Sinbad? —preguntó Sari levantándose, y de la blusa sacando un envuelto de pasas y convidando al piloto.

—¡Por el vecino, hombre! ¿No sembró lechugas y calabazo en mi salido, aprovechando que yo estaba fuera? ¿No puede un hombre andar por el mundo sin que le metan gallinas los vecinos en su huerto? ¡Yo viendo volar veletas con linterna en Catay y otros comiéndome la propiedad! ¡Una tierra regadía!

Sinbad se irritaba. Comió un puñado de pasas y escupió uno a uno los rabos y la semilla. También se levantó, y hablaba ahora bajo y tranquilo.

—Sari, además que el timón va haciendo callo en tus manos, pero no en el corazón. Son melosos los higos de las huertas de lejos, pero tienes una higuera tuya en la tierra en que naciste, y vas navegando por Badrubaldury ves pasar los malvises de abril y te preguntas: ¿cuántos higos míos no picarán hogaño?... Lo peor, Sari amigo, fue que yo me vine de las naves de Melinde cuando la gente comenzó a descreer de los países que traíamos en conversación los que andábamos por el mar, altaneros. Ahora todas las novedades son por mapa y aguja, y los pilotos no salen de cuarta levantada, que es como andar con bastón por las calles de Basara, y no encontrarás entre los pilotos del califa de Bagdad uno que sepa navegar por sueños y memorias, y así no logran ver nada de lo que hay, de lo que es milagro y hermosura de los mares. ¡Fácil es decir que no hay Cotonías!

Sacudió una babucha Sinbad, en la que se le metiera una arena, y se despidió del pequeño Sari.

—Tengo que ir a remojar, imitando que llueve, el perejil que traje de la Costa de los Dos Estandartes. Cuando sopla este allí, se levanta polvo en el aire, y en la

polvareda, como dure tres días, nace y crece este perejil, que andaba volando la semilla de aquí para allá, a la altura de los tejados. En Cochin, para adobar los estofados, pagan onza de oro por onza de perejil. ¡No estoy tan pobre, Sari! ¡El perejil del aire!

Y el viejo piloto, remangando la chilaba, se fue por la cuesta de la Puerta de los Perdones, silbando para que lo oyese Sari el sonsolnete de flauta que sacara para él el sultán de Melinde, pirolipó, piró, pirilipó, cuando dejó Sinbad las naves y el mar Mayor.

El país de Bolanda es una lengua de tierra que baja hasta el Golfo, y está ordenado en mirandas y oteros muy redondos, y entre estas medas van las aguas del Iadid, que quiere decir este nombre, en la algarabía de los naturales, «el frescor», río que se parte, cayendo de lejanos montes, en dos docenas de mangas, y se sabe por donde van las aguas porque en sus riberillas crecen palmeras que muestran el verde de la cabeza suya, tan abierta y movediza, sobre las espaldas bermejas de la tierra, y son las copas de las palmeras vistas de lejos, como si en un paseo de verano hubieran dejado caer unas damas sus abanicos verdes. Y cuando ya no falta una legua para que las aguas del río lleguen al mar, se buscan, se juntan en un abierto, y hacen una vega de prados y huertecillos muy regados, y con dos cañeros para que represen molinos; una vega verde, verde, lindante por toda parte con las arenas coloradas y las barrancas negras y apicadas que llaman al desierto; sandía hay que tiene la raíz y bebe en la tierra de la vega, mansa y oscura, y ella posa y crece en el calor de la arena. En la vega hay lugares acasarados, aquí y allá, muy encalados, tejados a cuatro aguas, rodeados de pajares y cuadras, y todo lugar con huerta cerrada, de altas paredes, para excusar en ella a las mujeres. Y no da un paso el Iadid sin que lo sangren y va la tierra como si la tejiesen con hilos de plata, con el agua de los dos mil y ciento canales. Pejigos y cerezos crecen al lado de las casas, y en las tierras encostadas hay naranjos y limoneros y algunas viñas emparradas. Sale de la vega al fin el Iadid, recoge las aguas suyas que quedaron de las regadas y molinadas, y se va por una empedrada rodada de las avenidas suyas hasta el mar, en el que entra calmo y ancho, haciendo un estuario vicioso de junqueras y escripos, y bosquecillos de cañas. Allí es un revolear seguido y chillador de gaviotas.

La villa llega al río en la cuenca del estuario por un cantón sobre un ancho muro, y por una rambla se baja al muelle. La villa es un puñado de casas blancas, unas a caballo de otras, cercada de un contén de ladrillo rojo en el que se cortan tres puertas muy bien arqueadas, y del curuto de la morena^[1] de terrados y tejados sale una torre bermeja que es el alminar de la mezquita. En una y otra parte de la villa se abren higueras sobre las paredes y echan a las calles estrechas sus ramas de grandes hojas. El mercado es en el muelle, saliendo por la Puerta de los Perdones, delante de la fuente que llaman del Malik, que es el rey.

El mar está tranquilo todos los días en el Golfo, y en la noche callada no se escucha su ir y venir, sino el brincar del Iadid en la tormera, antes de echarse a siestas en el estuario. Si yo, Al Faris Ibn Iaqim al Galizí, que pone en latino castellano estas memorias, fuese villano allí, en las tardecitas de verano bajaría a las riberas del Iadid, y estaría, hasta que cayese el paño de la noche sobre la tierra, viendo correr la espumeante frescura, los pies en la corriente, y echando al agua, que allí tan encantadora pasa, una hierba, o una flor, o una nave de papel de Alejandría, y el

huelgo del mirar de los ojos míos también. Tener un río como el Iadid en la sequedad de las solanas de la tierra, tal es encontrar en la flor de la madurez, cuando ya va uno con el saco suyo de vagabundo más que promediado de canseras y horas secretas y vientos perdidos, junto a las manos y a las mejillas, una sonrisa confiada, moza y amante: una mariposa juguetona que saliese con viento fresco de un descuidado ensueño. Un río así es medio vivir; fugitivo compañero, se lleva del alma los gérmenes de la melancolía. Para ciertos vagos espíritus, un río es como un amado hogar.

La casa del piloto Sinbad está colgada sobre el muelle, en una curva del contén, que allí se abaja hasta dejar salir una cuarta de tierra rozada, que es el huerto de la casa, y delante tiene un salido, en lo abierto de una fuentecilla que rompe tarde y está temprano, pero el agua se recoge en un aljibe y en dos pilas, y de la más alta de estas riega Sinbad. La casa es de una planta, y en la fachada tiene a la derecha de la puerta un balcon enrejado de hierro, casi cubierta la reja con flores que crecen en las macetas, y con enredaderas de Indias, y con jaulas de mimbre pintado, en las que vuelan pájaros enanos traídos de Catay y de Kafirete, de los grandes viajes lejanos que hizo Sinbad; pájaros que nunca se vieron en el Califato hasta que los trajo el marinero nuestro, y son tan pequeños que huirían de las jaulas si el viejo almirante no les hubiera puesto, cruzada, una tarabilla en el rabo, de madera muy fina. Un pájaro hay que no vuela para adelante, sino siempre para atrás, y es el nostálgico de Zamor, y otro, el pájaro-grillo, que canta cuando ve encender fuego. Por la parte de atrás, por donde mira al muelle, la casa tiene medio desván asolanado, con corredor de caña, y en la cámara aquella guarda el dueño en cajas herradas memorias de por dónde anduvo, que nadie logró ver, ni se sabe con certeza qué sean, y del techo cuelga y llega al suelo de azulejos moriscos una gran pluma de ave, verde y rizada. Por la ventana acostumbra Sinbad asomarse con su antejo de larga vista a contemplar el Golfo, pero las más de las veces se enoja, si ve salir nave, porque no le gusta cómo los pilotos jóvenes toman la barra.

Sinbad es alto, robusto, y tiene andar de mucha gravedad, aunque tenga la pierna derecha un poco más corta que la izquierda; tiene barba blanca muy espesa, sin partir, y casi todos los jueves con la navaja de pulso le hace un redondeo, y para que se le vuelva en la punta pone por las noches rizados de palosanto. Gasta siempre turbante de dril tirando a marrón, y es cejijunto, y por debajo de la selva pilosa muestra el alma por los grandes ojos negros. Digo que muestra el alma por la inocencia y el entusiasmo de su mirar, que los ojos suyos no callan nada, ni burlas ni veras, y se adelantan, cuando Sinbad habla, a las palabras suyas, alertando, sonriendo, entristando. A veces se pudieran ver países en fiesta en sus ojos. Tiene un hablar muy súbito, y va diciendo seguido y rápido, y se detiene y mete un silencio que puede ser de un cuarto de hora. Una vez contaba de un viaje a Malaca, al grano pimienta, y estaba diciendo por donde son las vagancias de los estrechos, y en esto calló, y pasó tiempo y seguía callado, y le preguntaron por qué no seguía y no contestó, y pasó otro

rato, y todos los presentes miraban para él, que estaba de pie y con las manos palpando el aire, y le vieron inclinar el cuerpo a la izquierda y finalmente enderezarse y sonreír, y siguió contando, pidiendo antes de retomar el hilo de la historia, que perdonasen el suspenso, pero que estaba la marea subiendo en aquel mismo momento en aquel Saopang de que estaba hablando, y tuviera que hacer unas viradas en medio de las corrientes, y salvara la nave metiendo todo a estribor. Sentado, Sinbad nunca está quieto, y todo es mecer el culo en el asiento, y poner el pulgar en la nariz y aspirar olores; adivina así muchas veces de qué país viene la gente que encuentra en el patio de la fonda, o en el muelle, o en una calle. Siendo tan marinero como es, no por eso deja de ser hortelano, y se levanta temprano para regar en el huerto y arrancar la hierba mercurial, y es muy hábil con el sacho, y poda e injerta, y siempre tiene muy buenos repollos y alcachofas sevillanas.

Una vez vino alquilado para una casa vecina de la suya uno que decía que fuera piloto mayor sustituto del califa de Bagdad, y hablaba de que traía un descanso hasta que se le pasase un reuma humedado que se le pusiera en ambas caderas, y como parecía traer capital y mudaba de ropa cada día, lo escuchaban mucho, en la fonda y en el muelle, en la fuente y en la lonja, y Sinbad no hacía más que callar y oler al huésped, que era un hombre pequeño y muy serio, y todos sus viajes remataban con grandes amistades de señores a los que trajera encargos preciosos. No hacía más que ofrecer cartas de recomendación y respeto, y un día le dijo a uno que lo recomendaba para criado de linterna del emir de Kafirete, estando mirándole el pulso que tenía en verter miel por un cañito sin derramar gota, y que él, el piloto, en Kafirete era como de casa. Sinbad calló. Al otro día salió vestido con una capa morada y en la cabeza una pabela blanca, y se sentó en su huerto en medio de los repollos, en una gran cesta de mimbre amarillo, y por Sari mandó llamar al piloto del califa y al mayordomo de la fonda, al cabo de la lonja y a los pilotos retirados, y vinieron todos y además muchos marineros que hacían pascuas en tierra, y entonces Sinbad, cuando tuvo a toda aquella familia atenta en el salido, le preguntó al piloto del califa:

—Señor piloto, ¿a qué isla me parezco?

El piloto pidió permiso para acercarse a Sinbad a estudiarlo, lo que le fue dado a condición de que no pisase los repollos ni los pepinos, y dio dos vueltas, se alejó algo, puso la mano de visera, oteó, tomó una cuarta de sol a la izquierda, murmuró algo, caló la mano derecha en la barba, y dijo muy manso:

—Parecerás la isla del Clavo, viniendo Sursuroeste de Calicuta.

Sonrió Sinbad con disimulo y le preguntó a un marinero que llaman Adalí, y que es un viejo que anda apoyado en un báculo:

—¿Qué isla parezco, mi Adalí, mi viejo camarero?

—Señoría —dijo Adalí, torciendo la cabeza un poco a la izquierda, y sonriendo a Sinbad, quien sonreía también de que lo titulasen—; señoría del mar, pareces mismamente la isla de Kafirete levantada en la mañana, y los repollos tuyos hacen el mar de las corrientes que son verdes, y el mimbre amarillo los soleados arenales, la

capa tuya morada la montaña, y la pamela blanca, el humo del volcán.

—¡Estás muy imitante! —dijo Ruz el Oscuro.

Con lo cual quedó probado que el piloto aquel del califa, tan fabulante, no estuviera en Kafirete. Sinbad se levantó con calma, se quitó la pamela, y no tuvo inconveniente en mostrar la cabeza calva, monda y lironda, y salió Sari trayéndole un turbante de seda colorada que Sinbad se ciñó con mucho cuidado, y volvió Sari a la casa y regresó con la pluma verde, larga dos varas y media, y Sinbad con hilo de plata la aseguró por la canota al turbante, y habiendo terminado el aderezo salió muy fachendoso del huerto, dio las gracias a los amigos por la visita, y seguido de los más salió a pasear al muelle.

—¿Quién va ahí? —preguntaba una vieja desde un ventanuco, tapando media cara con una mano huesuda y negra.

—¡Alégrate, Lalaía —le contestó Sinbad sin mirar para ella—, que ves gratis la pluma del Ave Roe!

Desde entonces Sinbad volvió a ser escuchado en las tertulias, y el piloto sustituto fue a hacer verano a otra ribera.

En Bolanda el cielo es siempre azul. El monzón llega con el último día de mayo, y echa sobre la tierra unos alegres puñados de agua. La gente sale a mojarse, cantando. Pero en aquella provincia del Golfo se vive porque todos los días del Señor Misericordioso corren las limpias aguas del Iadid.

La fonda está de puertas adentro, que manda el rey que ningún forastero duerma fuera de la muralla, y lo más de lo que llaman la fonda es un gran patio rodeado de arcadas, y en el medio hay fuente para la gente y pilón para las bestias. La casa poco más es que una cocina, y en país de moros manda el Libro que se hagan de tres fuegos las de las posadas, y que siempre haya agua sazónada con un poco de sal hirviendo en una caldereta, y esta fonda de Bolanda está con toda religión. Desde la cocina, por una escalera de mano, se sube a la terraza, y hay allí cuatro cámaras para los huéspedes, y para las mujeres hay una tienda en un salido de la cocina. La terraza está más alta que las almenas de la Puerta de los Perdones, y se ven desde ella el muelle y las naves, y allí acostumbran hacer tertulia los pilotos que están de vacación con el dueño de la fonda, que es un manco muy risueño que responde por Mansur, y el caíd de la villa, cuando se alquiló de nuevas la fonda, que es renta del malik, lo escogió por eso, que dijo que en igualdad de saber de cuentas y de arroz blanco y cordero frito, la plaza era para una cara palaciega y alegre, que una careta triste en amo de fonda le quita a los forasteros el placer de la posada. Si hay gente de atavío en la fonda, entonces Mansur avisa cuando va a echar la pimienta al arroz, y los cominos y el clavo al cordero, lo que hace posando la taza de las especias en el muñón del brazo manco, que es el derecho, y con la mano izquierda remueve en la olla, y manda el condimento por soplo, y no hay otro que soplando eche la pimienta en grano, y él sí, muy fácil.

La tertulia de Mansur es al atardecer, y tienden los criados toldo listado, y traen cojines y almohadas, y van sirviendo el té con menta. Los contertulios son los dichos pilotos que no andan en la ocasión en el mar, y los forasteros que se acerquen, que casi siempre son gente marinera. A Sinbad no le gusta nada que suban a la tertulia los compradores persas de cueros y sebo, que le huelen mal, y no saben hablar de otra cosa que del arte de la castración, que siguen por Avicena, y de que bajó la ley de la moneda, y de mujeres, y no creen nada de lo que se cuenta, y están entre ellos haciendo higas a escondidas al que relata, y si sale una historia de un viaje por mar, escupen en la mano y dicen que una vez que fueron en una nao vomitaron. Cuando todos los de la tertulia son marineros, entonces Sinbad está contento, manda que levanten un poco el toldo para mejor contemplar los navíos amarrados en el muelle, y llama a los presentes por sus motes, o se los pone nuevos, sacados de un hecho de su vida, o alabándoles el puerto en que nacieron al mar, o la nave más sonada que mandaron, y si está presente el viejo Monsaide lo trata de almirante y le pasa la primera taza de té, y ablanda en su boca con saliva y polvo de canela las piedras de azúcar indio con que convida al anciano.

En la tertulia se pone Sinbad en dos almohadas, en el medio y medio de la rueda, y deja que los otros vayan sacando novedades de la memoria, y si hablan de tierras que estén cerca, a diez días o veinte de mar, o de sucesos de la villa o del propio país

de Bolanda, entonces no dice nada; pero tan pronto como se asoma a los labios de cualquiera de los presentes el nombre de un país o de isla o nación de más allá de Columbo a Canbetún, entonces Sinbad aprieta las rodillas con las manos, y repite en voz alta el nombre lejano, y ya saben todos que va a hablar el piloto de un viaje suyo, de una descubierta famosa, de una rara aventura, de costumbres no usadas.

—A la isla de Java, el primero que llegó fue Mustafá el Ormuzí —dice Arfe el Viejo, posando la taza en la que estuvo lamiendo el azúcar del fondo.

Nuestro Sinbad deja que testifique Monsaide, que Al Garí, que es un piloto de Doncala que aprendió de los hindustaníes a dormir de pie, y es un pequeñajo flaco que siempre está tosiendo, diga que así que le pase el catarro ha de ir allá y traer sobrado para renovar el caimán y las hierbas de la botica de La Meca, que quiere hacer aquella obra por su alma fiel, y entonces toma Sinbad el sermón y saca una historia de cuando llevó a Cainám al malik de Sostar.

—Íbamos en tres naos, y saliendo de Sostar bajamos a coger el viento zamor, que esta facilidad no la sabe nadie, y la tenía yo de un viaje antiguo, y el zamor es un viento que está partido en sopladas y da sus ráfagas y se detiene un poco, y vuelve y da otras seis, y cada una es más fuerte que la anterior, y todas van como silbadas, cual música de dulzaina, de re mi a la si. Cogido el viento se va a su golpe muy solazadamente, pero hay que entrar en él a tono, con la soplada que le vaya al resonar de la nave, que no todas las naves roncan lo mismo, y hay naves que están en re y otras en fa, y conviene respetarles el afino. Digo que, cogido el zamor, se va suelto en él hasta que se da por pasado Malabar, y entonces os soltáis del zamor y vais con las brisas bengalies a estribor, y hay que arrendarlas antes de tomarlas al rey que llaman Calibo, un emir gordo y colorado que vive de este trato, y que se compromete a dar las brisas cada día, aunque no soplen de suyo, que las hace surtidas cuando quiere con una mano de molinos de viento que levantó en las cumbres de los montes que llaman Baldasín, y en otros molinos aspeados que tiene, de resorte, y suelta el freno cuando quiere, como en juguete de Constantinopla. Y se sabe que son las brisas de Calibo las que se toman y no otras, porque las marca en el lomo, como los vendedores de potros sus greyes en las ferias de Samarcanda.

—Pasé al lado de esas brisas y nunca tal oí —dice Arfe el Mozo, llevando la mano a la frente.

—¡Lo que se aprende! —dice Mansur, frotando el muñón colorado con la mano que tiene.

—¿Y qué se le perdía en Cainám al malik de Sostar? —pregunta Ruz el Oscuro, etíope crespo, craso y regoldador.

Sinbad enjuaga la boca con el té ya frío que resta en la taza, hace dos o tres aspiraciones de nariz de las que tiene por costumbre, escupe en el índice de la mano y lo levanta por encima de la cabeza para ver qué viento corre hoy.

—Se puede contar, porque aunque vive el señor Zafir, ¡gloria a Dios!, donde está retirado, con el viento que hoy sopla, no le llegará ni letra de lo que estoy relatando.

Reinaba Zafir soltero en Sostar, y lo más de su tiempo lo pasaba en el ajedrez y tenía innovado el movimiento de los elefantes, y la familia suya quería que se casase, y dos tías solteras que tenía propalaban a su alrededor la hermosura de las doncellas del país, y si fulana tenía un lunar aquí, y que si mengana era una preciosidad de teticas levantadas, y si zutana sabía baile y cantaba sostenido, y de los ojos de aquella, del andar de la otra, y de lo callada que era una rubita de doce, que ya parecía que jugase para princesita mandada. Pero Zafir no quería boda, y en los descansos del ajedrez andaba leyendo en un libro curtubí que enseña que amor no es más que una mirada sorprendida y una palabra que no se sabe decir, no, añadiendo que amor siempre está lejos aunque lo tengas a tu lado, y que no es cosa de buscar, sino palomo que cuando le apetece viene él a la mano, amargo a dulce, enemigo o amigo, veneno o caramelo de licor, y daba Zafir por cierta esta doctrina, a la que apoyaba con algún que otro suspiro y con mandar hacer música en la noche. Pero tanto le apretaban las tías, que eran dos solteronas holgadas y tercas, y venían los jeques de las tribus a llorarle a la puerta de su tienda cada día, que Zafir determinó, aprovechando que yo estaba allí licenciado del califa, hacer un viaje, y el disanto en la mezquita habló, y dijo que quizá regresase con esposa de aquel verano que iba a pasar en el mar. Navegamos con la ciencia que dije hasta la isla Java, y yo quedaba en la nave almirante sentado de respeto, con el bastón en la mano, y Zafir iba de particular por las grandes ciudades, y pasamos a Cainám, y a los tres días de estar allí, en el puerto de la Nuez Moscada, llegó mi ama de su ronda muy alegre, refrescándose con un *paypay*, y me dijo que convenía volver a Sostar lo antes posible, y a mis preguntas respondió que quizás encontrara lo que le hacía falta, en cuerpo y alma, pero quería estar en todo a la doctrina de su libro, y probarse con ausencias y ensañamientos, fatigar el corazón en no dormir, y el habla suya en poesía secreta... Y siendo hora de marea baja, tome el canal de Malaca deslizado, y de una virada fui a caer contra Columbo, ayudado del monzón antevíspera y, con los terrales torcí para Sostar, y por apurar obré lo que hasta entonces nunca hizo ningún piloto mayor, y fue poner dobles las velas, como si fueran sacos, y llenarlas de humo, quemando sobre cubierta maderas finas, y así mi nave iba por el aire, y dejamos a las otras seis meses atrás, y eso que no hubo día que no tuvieran el viento de popa.

—¿Eso hiciste, Sinbad mío? —preguntaba Mostazám, un piloto de Trípoli al que le falta una oreja, y no tiene cicatriz ni señal en el sitio, y asegura que nació con ella y la tuvo hasta la edad de veintiséis años, y que no se la arrancaron ni cortaron, sino que se la robaron una noche que durmió al sereno, en el puerto de Calicuta, y no se dio cuenta.

—¡Eso no es nada! Zafir desembarcó en Sostar y dijo a los que vinieron a besarle el fleco de la capa, que encontrara lo que le convenía, y que iba a estar en espera un año, por ver si andaba en lo cierto, y si no andaba, que entonces les prometía tomar mujer en el país y hacer el heredero pedido sin perder noche. Y corría el año y Zafir adelgazaba, y no dormía ni comía, y pasaba con un poco de pichón con miel, y hasta

tenía que echarle yo el orégano que diera con el punto de su gusto, y mi príncipe andaba solo por el desierto y determinaba pasar unas semanas con los pastores, y aburriera el ajedrez, y hablaba para sí versos con estribillos secretos, y se quejaba. Fue entonces cuando los ulemas le dijeron en consulta escrita en pergamino de Medina, que por mucha que fuese la doctrina que leía en los cordobeses, que se ponía a punto de morir y esto era contra ley probada. Todo el país gritaba que se casase, y ni le dejaban dormir y golpeando en su puerta los mozos con cadenas hechas con ajorcas de los tobillos de las muchachas, y con femeninas ropas perfumadas por si encelaba. Me mandó llamar Zafir, que me tuviera todo aquel tiempo a bordo, pagado y preste, y mantenido de lo mejor con riñones a la moda y arroz con leche, y dispuso que saliese por el zamor y con velas de humo a Cainám, sin pararme con nadie, y trajese lo más pronto que pudiese la prenda que en aquella tierra dejara, y me daba cartas con doble sello y triple lacre para un tal Pizao, que vivía en la calle de los Cesteros. Fue un viaje de lo mejor, y me salía el temporal que pedía, y daba carreras sin desatar el timón ni recoger trapo, y llegué a Cainám en un mes y nueve días, y fui al Pizao y aquí empieza la novedad de esta historia. Si no os la contara yo, señores capitanes, amigo Mansur, no era para creerla.

Hubo otra ronda de té, y los que fumaban encendieron las largas y trabajadas pipas, y los hornillos eran bermejas mariposas en la hora serótina, posadas en la terraza del *fondak*.

—El Pizao nombrado —prosiguió Sinbad— no era un príncipe como yo pensara, ni un ricacho, ni un piloto, que era un cestero, y además de cestos hacía veletas volantes, con cola y sin ella, para los muchachuelos de Cainám, y mi malik, Mohamed Ibn Zafir al Sostarí, ¡el Señor contemple su espada!, le dejara pagada con tres doblas de Cochin, una grande, de papel chinés azul, y la cola un trenzado de tres vueltas, verde, y la armada de la veleta volante era de bambú rebajado por dentro que es el mayor mérito de estos artilugios, y esta veleta volante, este pájaro, era la prenda querida, la sonrisa del alma, que me mandaba buscar... ¡Y para eso llevaba yo, en secreto, un colchón de pluma de alondra y un barrilito de agua de rosas!

—¿No había mujer? ¿No descubriera nada a los suyos? —preguntaba Mansur.

—Nada de nada. Lo que ocurría era que mi señor no había visto veletas volantes, ni siquiera supiera de ellas, y pasmó cuando vio una tomando aires en los oteros de Cainám. Y lo que determinara Zafir era retirarse a una montaña con aquel alegre invento, y dejar el asiento real a un sobrino segundo que tenía. Y dejó todas las mujeres del mundo por una veleta de papel, pero con todo el encanto que tuviese la veleta para su corazón, sin la ciencia aquella amatoria del libro *curtubí*, en el que vienen las diecisiete figuras tristes que hacen los enamorados y cuanto se goza suspirando, quizás hubiese casado... Eso sí, la veleta iba muy bien enseñada, que por el camino de regreso, y como tenía recibido mandato de tratarla como si fuese la persona misma de Su Alteza Zafir, mi señor, todas las mañanas me arrodillaba delante, como si tuviera audiencia en Sostar, en la tienda emiral, y le contaba a la

veleta cómo eran los vientos de Arabia, y cómo cambiaban súbitamente, y de las capas calientes y frías, y de cuándo traen arena y cuándo no, e lúcele discurso de las tormentas y catálogo de las aves que conocería en aquel cielo, y también del temperamento de Zafir y de su doctrina exquisita, y me parecía que la veleta volante me estaba oyendo, e incluso, durante algunos días, llegué a pensar si no sería una forma encantada de una doncella hermosa, pero no: era veleta y nada más.

—¿Piensas que un atado de caña y papel chinés entiende? —preguntó un poco airado, quizá dándose por burlado con la historia, Arfe el Mozo.

Anochecía. La tetera estaba en la trébede y ardía bajo ella, calma y dorada, una braserita de junquiza. Mansur le echó unas hojas de laurel, que chisporrotearon pronto, para espantar los mosquitos. Comenzaba a oírse, en el silencio de la hora, el alegre Iadid, y en los palos maestros de los navíos, en los muelles, manos hábiles encendían farol. El guarda de la Puerta de los Perdones daba el «cierre, forastero adentro y noche serena». Sinbad se levantó y le brillaban los ojos entre lusco y fusco.

—Dicho está que no hay palabra que no encuentre su oído, aun en tierra de sordos. Un hilo ahora es blanco y ahora es negro, pero la voz del que enseña al que no sabe es como una oveja preñada.

—¡Salam! —añadió el viejo Monsaide—. Y es seguro que haya mujeres más sordas que la veleta de Cainám. ¡Algún día me dirás, Sinbad, los discursos que le hiciste a la prenda del señor Zafir!

Los murciélagos surgían subitáneos en la noche, y pasaban en revuelos por entre los turbantes de los pilotos arábigos en la terraza del servidor Mansur.

Se levantó Sinbad temprano aquella mañanita de mediados de febrero y al salir a la puerta de su casa quedó un rato arrimado a la reja de la ventana, mirando para los almendros floridos del huerto de la viuda Alba, y diciéndose que estaría vigilante, por ver si la viuda salía a baños calientes, y entonces hacerse el enconadizo y echarle un parrafeo, y beber algo de aquellos ojos negros, y cuando llegaran al portal quizás hubiese algo de suerte y le pudiese coger una mano. Esto ya pasara una vez, y el portal de la viuda está de la otra parte de la plaza, encima de la fuente, y cuando Sinbad le apretaba la mano regordecha y suavizada con enjundia de gallina a doña Alba, como si los pájaros chinos del piloto estuvieran amaestrados, echaron unas cantatas rizadas y tan alegres, que ambos se pusieron en un pasmo, y se dejaron estar en aquella maravillosa caricia por un instante. Cuando le pasó la sorpresa, la viuda corrió a encerrarse en su casa, y Sinbad desde entonces tenía puntos en los que se quedaba medio adormilado, ensoñando. Añádase a esto que vivía solo y era algo sanguíneo.

Cuando llegó Sinbad al muelle, que iba a recomendar al piloto Mostazá —ese de quien conté que le robaron una oreja cuando estaba durmiendo al sereno en Calicuta —, una carta para Calicuta, que había allí un médico conocido suyo que entendía mucho de vistas nubladas, y la de Sinbad con los años iba perdiendo los resplandores del mundo, y muchos colores se le mezclaban con sombras, y un hilo de plata que se le ponía movedizo en la visión por veces le hacía tordear como si estuviese borracho, y siempre había vecinos alarmantes y fariseos que corrían famas y echaban comentarios, y Sinbad no podía contar nada sin mirar lo que contaba, y pasaba los ojos suyos por la memoria propia, alineando en ella las figuras como si tuviera delante un espejo, y tenía la mirada de los imaginativos, que la mitad es para fuera, para la variedad del mundo, y la otra mitad es para dentro, para el gusto del invento, y el calorcillo que da al espíritu sacar una historia de nada, de donde están las palabras calladas y confusas, que es como no estar. Digo que cuando llegó Sinbad al muelle con la carta para Cochin, estaba preguntando por la villa y si había puerta obligada para los esquilinos, un forastero alto nueve cuartas romanas, muy embozado de barba negra y la piel muy pálida, los ojos claros entornados como doliéndose de la luz matinal, y todo el equipaje que portaba eran dos lanzas etiópicas de hierro crudo y la hoja laurética. Sinbad pasó a su lado y lo olió por dos veces, y se fijó en un escapulario que el otro traía, amarillo y verde, que es la señal de los proscritos de Madagascar, y acercándose entonces a él le preguntó en malgache cortesano por su nombre y de donde venía. El forastero le contestó muy fino en arábigo que le agradecía el saludo, que quería ser en la lengua de su escapulario y casi le salía, si no fuese que pronunciaba Sinbad el malgache por la i, y aquella s que cae al final de cada palabra en Madagascar, esa los nativos la silban. Pero no dijo su nombre ni

contó de sus escalas.

Sinbad le anunció quién era él, y quedó algo cortado cuando el otro le respondió que nunca oyerá hablar de aquella señoría, y eso que podía decirse que lo suyo propio era vivir en los muelles del mundo entero. Se habían acercado marineros y tratantes, y bien vieron que Sinbad iró, colorado, de no verse famoso, ¡y tanto que se decía! Pero nuestro piloto levantó la cabeza, le gritó a Mostazán —quien estaba a caballo del foque haciendo que pescaba un mujel— que no se olvidase de sus letras y se ofreció cortés al forastero a enseñarle la fonda y en lo tocante a que no hubiese oído hablar de Sinbad el Marino hasta aquel momento, que bien se daba él cuenta de que un hombre que anda por el mundo con su corazón propio por toda patria y almohada, no va a estar con la oreja pegada a las gacetas de los muelles, y que además ya hacía nueve años que no navegaba, y sus últimos viajes fueron por partes ocultas e islas que todavía se disputa si las hay o no, y no por los tráficos usados de los arábigos, y que vienen tan apuntados en los atlas del Islam, que ya no tiene gracia salir. Sinbad navegara últimamente por hacer mapas de vientos y descubrir más allá de Malaca la hora tormentina.

—¿Qué hora es esa? —preguntó el forastero.

—Es la hora de la velocidad de los temporales, que están empozados en los mares, sin saber qué rumbo tomar, y quizás, estando alerta, se les pudiera agarrar cuando comienzan a mostrar el pelo, y tornarlos así de las partes habitadas. El mar está por estudiar.

Sinbad llevó el forastero a casa de Mansur, quien lo aposentó en una de las cámaras de la terraza y pidiéndole que le perdonase, que no era contra él respeto ni falta de caridad, le dijo el huésped al nuevo inquilino que era costumbre pedirles a los que viajaban sin valija una semana de adelanto, y que no miraba mal la Ley esto en lugar poblado. El forastero le agradeció a Sinbad que le tuviese las dos lanzas, y de debajo del escapulario sacó una bolsa, y en la bolsa tenía unas pinzas de concha de tortuga, y con ellas tomó muy delicado una moneda de oro y la dejó caer en la arena roja de la terraza.

—Perdona —le dijo a Mansur— que use contigo esta moda, y que no te pague en la mano, risueño fondista, pero es uso de los míos no tocar dinero ni darlo a tocar. Ahora tú coges la moneda de la arena y es como si ella te pagase por su cuenta mi derecho a estar aquí, contemplando el país de Bolanda y el Golfo, y a comer de tu pan, beber de tu agua, y echar un sueño en esa camareta.

—¡Sólo Dios es Dios! —dijo Mansur bajándose a recoger la moneda, que era un bizantino de media onza.

El forastero se despidió para su retiro, y quedaba convidado a la tertulia de la tarde, pero dándose cuenta de que Sinbad marchaba serio e incómodo porque no le dijera su nombre y viajes, cuando ya el piloto ponía pie en el tercer travesaño de la escala que bajaba a la cocina —que, como dije antes, era escalera de mano erguida— tuvo aquel hombre atristado una voluntad súbita y graciosa, y dijo:

—Señor Sinbad el Marino, antes de retirarme a leer unos recibos quiero darme por obligado tuyo, y para que sepas a quién mandas, yo soy aquella alteza Gamal Bardasí de las Sospechas, que perdió el Reino Doncel.

Sinbad, que era muy mirado en etiquetas, se sintió de que puesto como estaba en la estrecha escalera empinada, no podía saludar con la pleitesía debida, pero sabiendo a Mansur debajo mismo de él, curioso siempre que no quería perder palabra de las grandes conversaciones, le dijo en voz baja que aguantase, y dejándose sentar en la cabeza del fondista, le quedaron los dos brazos libres, como muñeco de títeres griegos, e hizo las ceremonias, aunque muy prudente en reverencias, que no estaba muy seguro en la escalera pese al apoyo, y llevó la mano derecha a la frente, a los labios y al corazón, y la izquierda la abrió en el pecho bajo, y hasta fuera suerte que aquel día, con los deseos de timarse con la viuda, pusiera Sinbad dos anillos que tenía, con aguasmarinas soleadas.

—¡Los caminos los derrama la mano del Señor! —dijo Sinbad.

El príncipe juntó palma con palma de las manos suyas, y movió la levantada y melancólica cabeza afirmativamente, y Sinbad bajó con gran pausa, cruzado de brazos, y con las nalgas en el turbante blanco de Mansur, muy asentadas.

—Ya oíste que tienes en casa un príncipe.

—¿Dónde cae Reino Doncel?

—No cae para parte alguna. ¿No oíste a tu inquilino que la perdiera? Hay tierras que sólo son memoriales. ¿No te conté ya del rey Borzasares, que por mejor guardar de los usurpadores sus siete ciudades cuando vino a La Meca, hizo trato con un mago y este se las puso en una sortija, como siete piedras y, jugando Borzasares con la pieza le cayó al mar, y fue perdido así su rico realme? Yo mismo vi a Borzasares pedir por puertas en Damasco, y como en sortija iba toda la familia de sus sujetos, estuvo el mar en Adem un año echando cadáveres. ¡Muchos se hicieron ricos con los rescates de ropas y joyas! Algo parecido le pudo pasar a este Gamal Bardasí con su Reino Doncel.

Sinbad iba a hacerse su almuerzo, pero antes olió por dos o tres veces la pepitoria de gallina que estaba cocinando Mansur.

—¿Era aquella gallina de la media polaina, las alas doradas, tan voladora? —preguntó ya en la puerta, y se lamía los labios con la punta de la lengua.

—Ni me acuerdo —dijo Mansur, que no era nada dado a propasarse en convidadas.

Estaban en ruedo en sus cojines los pilotos, y Mansur mandara subir una alfombra nueva y una mecedora de mimbre que tenía, muy de respeto, con funda de otomán colorado, por si quería sentarse en ella Su Alteza Gamal. Ninguno de los navegantes presentes oyera hablar de Reino Doncel, y las opiniones estaban encontradas en lo tocante en a qué viento caería ese emirato, diciendo uno que en el sureste y otro que en tramontana. Monsaide opinaba que andaría más allá de Lisboa, y Arfe el Mozo que en tierra adentro, para la parte de las fuentes del Nilo, donde había aguas

movedizas. Sinbad callaba, haciendo musiquetas con la cuchara en la taza del té, y por veces silbando, vaciando en el silbo todo cuanto aire le cabía en el pecho. Y ya se iba el día rosicleando horizontes por mar y tierra, cuando salió Gamal Bardasí de las Sospechas de su retrete, con el manto recogido en la cintura, y en cada mano su lanza, y era mismo la erguida figura que todos aguardaban ver, seria y señora, y cuando Mansur le ofreció la mecedora se sentó en ella con mucha pausa y gravedad, posó las lanzas en el suelo, puso los pies encima de ellas tras quitarse las babuchas, miró muy calmoso a todos los contertulios, uno por uno, y no dijo palabra.

—Señor —dijo el viejo Monsaide—, aquí en Bolanda hay paz sobrada para propios y extraños. Los viejos marineros gustamos de poner mares por debajo de nuestras conversaciones, navíos en las brisas que pasan. Dicho está que los corazones solamente se miden por el brillo de las estelas gloriosas. ¡Dios te guarde! ¿De qué banda cae Reino Doncel, príncipe real?

Gamal posara las abiertas manos en sus rodillas y miró por encima de las cabezas de los pilotos la franquía lejana del Golfo, que se perdía en un claro de oro, y siempre entornando los ojos, como parecía su natural.

—Reino Doncel caía todavía más allá de Trapobana, quizá por donde anduvo Sinbad en busca de la hora tormentina. La señoría era de un tío mío que al llegar a los veinte años de edad se le puso en la espina un punto con inflamo, y jorobó ladeado, y no quiso ya nunca más salir de su palacio, y dio en gobernar el reino por medio de espejos y de agujeros, y ponía las leyes por adivinanza, y tenía también pájaros oidores, que son unos mirlos de por allá que repiten todo lo que escuchan, y en cada casa de rico tenía mi tío cuatro o cinco, y por lunas los traía a la cámara secreta suya a examinarlos, y no le importaba nada lo que oían los mirlos suyos salvo que fuese política, aunque a veces se entretuviese en alguna curiosidad, verbigracia, si un viejo matrimoniaba con moza, cómo fuera la primera noche, o si había cuernos en casa de algún altivo, si le pegaba la mujer más joven al señor sargento mayor, y cuántas veces contaba el tendero Leartes, que fue famoso avaro y comía la carne por sombra por encima de cortezas reseca, las monedas de plata; digo que de esto era curioso por chiste. Pasó que comenzaron a echar los pájaros, cuando los examinaba, palabras nunca oídas, que no estaban en la *Perfecta Compilación* ni el *Tesaurus*, ni en las modas de teatro que venían de China, y mi tío se hizo sospechante, y un día en que un pájaro trajo toda una conversación en esa parla secreta, al dueño de la casa en que estuviera el chivato, mandó a mi tío que le cortasen la cabeza. Usábase allá que el penado era convidado a una fiesta en palacio, y el visir de mi tío le decía que se asomase a una ventana para que viese el pavo real que llegara la víspera de Siam, y el otro echaba la cabeza bien afuera, buscando en el patio dónde se habría escondido el pavo famoso, y en esto le caía un hachazo en el pescuezo. Mi tío pedía que le trajesen el tambor mediano, y echaba muy redoblado toque de muerto, con seña de hombre principal, o cabo primero, o forastero.

—¿Dónde se ponía el verdugo? —preguntó Mansur que como todos los pacíficos

risueños gustaba mucho de cuentos de miedo y de no poder dormir hasta que no metiese la cabeza a sudar debajo de la almohada.

—Estaba por fuera, colgado de una cuerda por la cintura, y cuando el visir asomaba su mano, diciéndole al penado por dónde andaría el pavo real, el verdugo se soltaba de una aguarda de hierro, y venía columpiado, rápido como un rayo.

—¡Mucho se inventa! ¿Y había pavo?

—Al principio sí, pero al que había no le iba el clima, y murió en tres semanas, de las anginas. Después ponían las plumas de la cola en una cesta y se hacían las justicias al anochecer, que mal se veía el pavo. Siguiendo con el cuento, digo que huyeron muchos notorios para Catay y Fusango y la isla de Joló, y andaban por aquellos encuentros juntándose y tratando de venir con una armada a echar a mi tío jorobeta de la corona y a ponerme a mí en su lugar, y que me avisarían por dos sierpes verdes. Mi tío andaba soliviantado, se cagaba en su monumento, y ya tenía callo de los redobles que echaba cuando mandaba matar rebeldes, y un día me llamó para decirme que iba a echar fuera toda la nación y a esconder Reino Doncel para que ningún cabrón se lo quitase, y que me pasaba a mí este secreto porque era el único de la familia de quien no desconfiaba. Yo era un sobrino dado a leer de plantas, y el más de mi tiempo lo pasaba injertando limoneros en un jardín y estudiando hierbas de adorno, a las que variaba forma y color, y ya lograra en otoño un prado blanco, y como dijeran de mí, desde que me vieron rapacete, que era muy tímido para las mujeres, me dejaba estar metido en mí, y corriendo aquella fama mía yo callaba, y mejor estaba solo por si me venían con lágrimas las horas de la soledad, que las hay, y desde que me tocaran en la espalda avisos de que los escapados me querían por emir, yo, la verdad sea dicha, no hacía más que soñar con tener doncellas hermosas en mi palacio, una en cada cámara, y yo paseando de una a otra, y siempre hablando variado con ellas églogas y comedias... Y me duele ahora que el jorobado aquel mandase mis sueños a la ceniza. Le pregunté si era fácil esconder un reino como el nuestro, que eran bosques y campos abiertos, y una vega de almendros y una ciudad amurallada, y él me dijo que sí, que tenía una capa negra y que la ponía en el aire con palabras sopladas, y con un guiño de ojo se quitaba la capa, y todo lo que estaba debajo desapareciera, y en tres golpes podía esconder todo el Reino Doncel. Como doliéndome de mis hierbas y de los almendros que iban para flor, le pregunté si donde se escondería nuestro reino no se pudriría todo, no se oxidase o cubriese de musgo, y él me dijo que no, que abajo del todo, donde metería el país, había una selva soleada, y allí estaría muy asentado el reino, como colada de francos a secar en una ribera, y tan cómodo todo y respirante, que él no se movería del palacio y no le faltaría agua fresca ni luz del día, aunque esta le viniese por pasos de escalera de espejos. Le dije que yo era su sobrino obligado y halagado súbdito, y que me mandaba, y él quedó en avisarme, y cuando estaba un servidor de regreso en su jardín, perdido en imaginaciones, apaciguando la voluntad que con el anhelo del emirato me hiciera aquellos días algo soberbio, llegaron las dos sierpes con el anuncio de que los

escapados embarcaran para llegar con la lluvia del día siguiente, que en Reino Doncel llovía siempre por las tardes, y a esa lluvia le llamábamos el baño, ¡y qué bien la bebían mis hierbas de ensayo! Me dije que tenía que ir a ver a mi tío y distraerlo, y si podía había de hacerle mirar un árbol que dejaría en el jardín, y que era un limonero que yo inventara y que no más tenía que dos ramas, y cuando estaban cargadas de fruto eran tan livianos los limones, y pesaban menos que el aire caliente, que entonces el limonero, si no estaba bien agarrado a la tierra, volaba a saltitos de aquí para allá, como mariposa en los brezales de mayo; dije que buscaría que mi tío se asomase a ver el árbol, y como el verdugo real siempre estaba colgado por fuera, sin meter yo mano en el asunto, caería desde el quinto piso la cabeza del emir, tan solazada siempre en su turbante relleno de plumón de perdiz. Iba yo para el palacio emiral al trote de mi Polisandes, que era un caballo que comprara a uno que lo traía en estampas, sacado de una novela griega, y se mezclaban entonces en mi corazón la alegría de coronarme rey con el temor de la aventura en que me ponía, y el limonero célebre lo llevaban delante de mí cuatro pajes corredores míos, dentro de una tienda morisca de lienzo crudo porque no volase.

Gamal pasó el dorso de la mano derecha por los delgados labios y acarició la barba antes de proseguir el relato, y pareció que se le mudara la voz, y bajando de tono se hacía más confidente.

—Llegué al palacio, y no más llegar ya vi que andaban encendiendo luces, y me dijeron que mi tío estaba armado en la torre descubierta, y subí junto a él y en cuanto me vio me dijo que llegaban los escapados, y que ya metieran en el reino avisos, y que no había tiempo para nada, ni para una que tenía determinada, de desvirgar entre él y yo todas las hijas de los rebeldes, lo que por otra parte no venía mal como medicina preventiva, ya que abajo había de todo menos cópula. ¡Estaba rojo como pimiento morrón! Me gritó que bajase para la solana, y que me estuviese allí quedo a la escucha, y no tuviese miedo por viento que sintiese abanar^[2] el mundo, que iba a echar la capa maga, y del primer golpe borraría el mar, del segundo los campos, y del tercero el palacio en que estábamos. Bajé a la solana y me senté en un serón de zuecos Chineses, y no sabía a qué atenerme, y bien veía las sierpes escurrirse por entre los rosales y hacerme señas levantando la cola, y en esto cayó noche oscura, relampagueó, tronó, volaron piedras encendidas, y yo salté de la solana al jardín con el último estampido, y caí en el mar, en un mar que antes no había, y era una mañana soleada, y a dos varas de mí navegaba el serón de zuecas, isla bendita a la que me subí. ¡Alguna quebradura tuviera el arte de mi tío! ¡Y para esto tanto capar cuervos y mirar agujeros en los testes! ¿Qué más os contaré? ¿He de llorar ahora mismo aquí mi jardín florido, mi limonero volador, mi palafrén de novela, mis hierbas de colores, las damas con las que imaginaba conversar letrado poético, las lluvias de la tarde sobre almendros en flor, y hasta el gusto que se me fuera poniendo de ser un rey solemne, sentado en el medio de la plaza, haciendo a las varias gentes justicia y caridad? No me veréis llorar, no. A los nueve días, y ya moría de hambre y de sed, me encontraron

unos de Madagascar que volvían de la canela verde, y me trajeron a su isla famosa, donde fui curado de las fiebres del ayuno en el mar, y me tomó amistad el intérprete de foráneos, un tuerto muy político a quien le enseñé a jugar a chapas a la raya, y porque pudiera yo pasar tierras y mares con franqueza, me apuntó como si fuera proscrito de allí, y así tendría derechos, ya que era expulsado de una tierra que hay, que es Madagascar, y no de una que no se sabe de cierto si la hay o no, que es Reino Doncel. Y lo que son los hombres: ese intérprete que tanto me quería, y tanto me ayudaba, anhelaba que yo saliese de Madagascar, para ser él campeón de chapas a la raya, que él ganaba a todos los malgaches y a los pasajeros menos a mí. Y el Gran Cazador de los Malgaches, que así titulan allí al coronado, y es hombre de mucha ciencia y médico...

—Le llaman Bambarino y lee por cristal de aumento —comentó Sinbad, quien estaba muy curioso del relato y también del juego que se traía el señor Gamal Bardasí de acariciar con los pies, como si los acunara, las dos lanzas suyas.

—Es ese mismo —confirmó Gamal—. Y cuando se aburre hace que vengan sus guerreros ante el trono, y a todos les quita el cerote de dentro de las orejas soplándoles agua de una vejiga de perro. Y fue él quien me dijo que me llamase siempre con el mote de Sospechas, porque si volvía a Reino Doncel siempre estaría bien que tuviera una posesión con el apellido de mi tío el jorobado, quien tendría su partido, y también me aconsejó que no dejase de tener a mano las dos sierpes que me mandaban con avisos los escapados, para que testimoniaran en la ocasión que yo era Gamal, el blando injertador, y que el aviso llegara retrasado...

—Y vuestras sierpes son esas lanzas de hierro crudo que tenéis a vuestros pies —dijo Sinbad, haciendo la higa tres veces seguidas por si eran venenosas.

—¡Son y despiertan con la noche! —gritó más que dijo Gamal Bardasí, y se inclinó a cogerlas tras escupir en las palmas, y cuando las levantó eran dos grandes culebras de ojo hostil, erguida cada una en su mano. El príncipe, abandonando la mecedora, sin decir otra palabra caminó hacia su cámara, y daba miedo verlo. Respiraron todos cuando oyeron como se cerraba por dentro.

Los pilotos y Mansur, sorprendidos, miraban para Sinbad, quien muy tranquilo se aprovechaba para servirse otra taza de té.

—Otros casos conocí de más novedad, amigos, y los saqué con bien menos señas. Y este Gamal tenía mucho andado para el oficio de exiliado, que es figura que pide melancolía, por tener tanta parte de su vida sin toque de mujer. Y para que veáis que ya estaba oyendo de esa boca real lo que ya sabía, ¡mirad!

Ymostró Sinbad el Marino, sacándolo de un pliegue del turbante, un limón dorado.

—¡Mirad! ¡Un limón volador de Reino Doncel!

Yjugando a tirarlo y a cogerlo con las dos manos, y palmada entre vuelo y vuelo, en una de estas vino una brisa del Golfo y se llevó el limón por el aire, por encima de los tejados y de las terrazas, por el claro de luna, hasta dónde no se sabe.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntaba el viejo Monsaide a nuestro Sinbad, subiendo juntos por la cuesta de la Mezquita—. ¡Puedo ser tu padre, Sinbad bienamado! ¡Por las barbas del Profeta, hombre! ¿Cómo hiciste, mi califita?

Sinbad reía, y echó a correr. Se subió a un canto de cargar harina que había a la salida del almacén del horno de la villa, y ya en el pegó dos brincos.

—¡Han de decir que estás borracho, mi Sinbad! ¿Cómo hiciste, alegría del mar?

—Era nada más que la piel de un limón, Monsaide amigo, con una golondrina dentro.

—¿Y cómo sabías que vendría al caso?

—Lo hice por si al perderse Reino Doncel salía que fuese por el aire, poner este verbigracia volador de punto final.

—¡Quién sueña, sueña! —comentaba para sí Monsaide, golpeándose el pecho y la frente.

Sinbad nunca fuera casado, y no se sabía si por falta de tiempo entre sus famosos viajes, o porque no encontrara aderezo de gusto, o porque no se les acae de todo la vida de familia a los imaginativos perezosos, o por filosofía, como él enseñó una vez a los pilotos de Calicut, alabando la hermosa castidad que piden las descubiertas del mar y el andar con la amistad de los grandes vientos, a aquellos carnales que no piensan más que en meter mozas en las naves y en remojarlas en calderos que echan por la popa, desnudas como su madre las parió, y si pueden zarpar sin pagar. Otras veces decía Sinbad que comiendo como él lo hacía cuando estaba desembarcado, por países y días festivos, que precisaría diez años para poner media docena de mujeres al tanto de las escuelas de cocina, y dos por lo menos tenían que saber calendario, y no habría renta ni soldada que llegase, y también los piques entre ellas, y no iba a cumplir con las seis, que no juntaba él alegría para tanto, y viniendo del mar, el cuerpo lo que pide es cama quieta y callada. Cocina Sinbad para sí, y cuando llega a la tertulia le echa el aliento a Mansur o a Ruz el Oscuro, y les pide que adivinen, y los otros cantan respuestas, y Sinbad les permite que acierten una que otra vez, para que no pierdan el gusto del juego, pero las más de las veces no pueden atinar que nuestro amigo trae el almuerzo de muy lejos, con trompa de elefante mechada, o sopa de nieve con molleja de pavo, o ajos rellenos de sangre de pichón, a un revuelto chino de huevos con claveles, y así otras succulencias, y también conservas de las Molucas en barrilitos de palma. Mansur lo que más acierta es si el estofado llevaba carnero. Sinbad se echa a reír, y dice frotando las manos:

—El carnero en el estómago me venía diciendo: ¡Vamos a saludar a mi primo Mansur!

Y regüelda y ríen todos, y Mansur dice que no le parece mal la burla, pero se pone colorado.

Volviendo con Sinbad y por qué no se casó, lo que más le gustaba al almirante cuando llegaba a una ciudad extranjera, era salir anochecido a pasear solo por las calles, y todo era atender si salía una mujer por puerta a ventana, y si le chistaría o llamase, y sólo de pensarlo se ruborizaba, y entonces apuraba el paso; también le gustaba ponerse a andar detrás de una que iba calle arriba, y cuando creía que esta ya se diera cuenta de que la seguía aquel señor de tanta apariencia, Sinbad hacía por adelantarla en diez pasos, y se arrimaba a la pared de un huerto, y miraba para ella haciéndose el sorprendido de tanta hermosura —aunque fuera muy mediana lindeza, o muy madura—, porque había un punto en que el caso dejaba de ser verdad para ser hechura gozosa de la imaginación, y sorprenderse era parte del juego, y si no había sorpresa, después no podía haber inquieta memoria cuando Sinbad iba por el mar y en la noche subía al puente, sin otra compañía que el farol de borda. Y Sinbad le añadía a estas rondas y encuentros fantasías muy suyas, como ver llegar la dama y sacar con

calma de la bolsa un frasco de perfume a un puñado de rosas deshojadas y claveles, y derramar el perfume, o dejar caer, abriendo la mano lentamente, las suaves flores. Y tenía inventado que albergando en sus pulmones todo el aire que podía, lo libraba silbado, y las rosas y los rizados pétalos de los claveles iban como volando en rueda a posarse a los pies de la hermosa. En un atardecer, en Cochin, una que llevaba en la mano una linterna de papel encendida, se metió en un patio, después de una de estas muestras de amor de Sinbad, y le hizo una seña al piloto y este acudió, y cuando tembloroso le bajaba el velo con una mano para besarla, y con la otra levantaba la de ella que tenía la linterna de papel para averiguar si de cierto encontrara un jazmín del Paraíso, la fulana, que era una cuarentona regordeta, comenzó a gritar que la forzaba un marinero. Sinbad casi lloraba con la vergüenza, y echó sobre el rostro la pelerina bermeja por no ser conocido de la gente que se reuniera. Un zapatero pequeño y jaro, y picado de las viruelas, muy armado de lezna gritaba a la puerta de su tienda:

—¡Estos califatos creen que no hay más que llegar y llenar!

Sinbad vive, pues, solo, y tiene a Sari para algún que otro mandado, y a mediodía se cierra en casa y cocina para sí algo de frito y aliña una ensalada, y las más de las veces pasa con una sopa de manteca y cebolla. Vive pobre, recontando los pocos cuartos que tiene, y cuando le pagan la renta de una huerta que heredó en la Vega, entonces compra siempre una pieza de cuero, ya sea bolsa, cinturón o babucha, y estrena en día festivo, y nunca dice que estrena, sino que ya tenía aquella prenda en casa va para doce a trece años. Guarda cuatro cajas herradas llenas de variedades, pero nunca las abre, y digo yo que será para no desencantarse a sí mismo hallándolas vacías, o si lo que guardan son espejos rotos, conchas y trapos viejos. Cuando termina de comer sale a sentarse a la sombra de la higuera suya, y debruzándose en una rama baja echa una siesta muy roncada. Y fuera de la tertulia sentada de Mansur, todo el otro tiempo suyo lo pasa en hacer algo en el huerto, mudarle el agua a los pájaros de China, y pasear solo por el muelle y la ribera. También pasa mucho tiempo en zurcir y remendar ropa, y en el planchado, y cuando plancha cree que el hierro es una nave, y le hace dar vueltas, y toma costuras de bragas como cuando tomaba en Malaca las corrientes. Si alguien llama a la puerta de su casa, siempre sale a abrir en una mano un mapa y en la otra el antejo de larga vista. Y sacude el mapa, del que no cae nada, pero Sinbad dice al visitante:

—Estaba repasando la vuelta de Chipre, que la hice cuando fui a comprar para el califa, ¡la larga vida la da Dios!, mondadientes griegos, que allá son de caña de pluma y no gajan, y desembarcamos para ver el entierro de una señora que la matara un marido negro que tenía, y además una pieza de teatro en la que salen unos que roban un gallo, y el gallo es un filósofo, y les echa un sermón a los ladrones, que se van a entregar al juez, y antes de embarcar de regreso les hice en la playa, con mapa, una composición de mares arábigos a los pilotos latinos, y posé el mapa en la arena, y me parece que se le metió alguna al enrollarlo, y es arena roja y aristada, y un grano de ella ya me rayó un cabo de Siria.

Y Sinbad mueve la cabeza, y se ve en los ojos suyos que él no tuvo culpa de que por aquel grano de arena que rasgó su mapa, Siria verdadera perdiera un cabo, y a lo mejor había familia sentada en unas peñas, o andaban marineros a la púrpura, o se le cortó la leche con el susto a una señora que paseaba orillamar, o ahogó un rebaño.

De las cosas que Sinbad más se preciaba era de saber de las etiquetas todas de los señores reales del Oriente, tanto por libro como por experiencia, y cuando llegaban a la villa forasteros principales y quedaban entre nosotros cuatro a cinco días convidados por el jalifa del malik y el caid, lo llamaban a palacio, y entonces Sinbad se ponía una camisa blanca de maestresala y un gorro verde, y estaba allí al tanto de todas las ceremonias y de la cocina, y donde se sentaba cada jerarquía, y si era antes lo frito o lo asado, y cuando entraban las bailarinas, y si el convidado tenía toque de bombo o no. Y le salieron grandes aciertos en ceremonial que fueron comentados en Bagdad y le valieron buenas propinas; de una de ellas vivió todo el año de la escasez, cuando cayó la langosta antes y después del monzón y abortó la burra de la Inclusa, y fue esta propina porque Sinbad advirtió al caid que el duque somalí que pasaba para La Meca, ese comía con tenedor de tres puntas, y no se sabía en Bolanda ni en todo el Califato qué fuese tal cosa, y Sinbad dibujó el tenedor y el caid mandó hacer media docena de plata; vinieron a la villa gentes de otras que estaban a veinte leguas para ver al duque hacer su almuerzo, y para más comodidades del público salió a la terraza de la alcazaba, y era muy graciosa cosa verle pinchar los riñones de oveja con la horquillita aquella rizada y llevar la tajada a la boca; el caid le regaló al somalí los tenedores en una caja damasquinada metidos, y el califa puso por decreto que por respeto a tan noble visitante, en cien años en el Imperio nadie osase usar aquel invento en sus yantares. Se decía que algunos lo hacían a escondidas en su casa. Siempre hubo exquisitos de imitación.

Otra de las acertadas de Sinbad fue cuando pasó camino de Samarcanda una princesita de Badrubaldur que iba casada con un rey esteparío, y nuestro piloto dijo que la princesa, como todas las de aquella costa lejana, acostumbraban beber por paja la naranjada que estaba en el vaso, y como se propalase, fue una romería aún mayor que la del tenedor, y la princesita era muy alegre y pequeña, y tenía en una jaula unos ratoncitos blancos muy felices con collares de flores al cuello y todos con sus zapatitos colorados y era verdad que la princesa sorbía por paja, y las mujeres que vinieron a verla beber no se tenían con la risa, y una ricacha de la vega del Iadid, que traía a vender remolacha de mesa, por tener de la cesta, que se le caía con las carcajadas que echaba, se le fue la memoria de que estaba ya fuera de cuentas, y parió en el medio y medio de la plaza. Y la princesita tan sentada seguía sorbiendo naranjada y agua de membrillo. Con la princesita aquella pasó de séquito un piloto de venecianas que le llaman messer Marco Polo, muy notorio, y tuvo con él conversas nuestro Sinbad, mapa de Catay por delante.

Sinbad cuando conocía a algún forastero tomaba muy fácilmente alguna moda que aquel pasajero llevase: así, después que pasó sidi Gamal Bardasí de las

Sospechas, anduvo más de un mes muy envuelto en chilabas oscuras, las ojeras teñidas con tinta de ciprés y en cada mano suya un venablo viejo, de cuando pasaron los griegos de Alejandro, y subía a la alcazaba vieja y se sentaba en una almena, los ojos entornados. Otra vez, cuando pasó un gran señor de Cachemira, que era muy curioso del Preste Juan de las Indias, fue Sinbad a contarle de aquel famoso reino, y el cachemirán mandó poner por escrito a un escribano que traía todo lo contado por Sinbad, y cuando este remató el relato, le propinó y regaló con pañuelos para las narices, que fueron los primeros que se vieron en Bolanda y fue moda franca que no tuvo éxito entre musulimes, y el de Cachemira dijo que era tan de su gusto el contar de Sinbad, quien tenía un historiar muy vivo, que si algún día pasaba por Cachemira, que lo había de llevar a un barrio que hay allí de ciegos de nacimiento, para que les contase cómo es la luz del mundo, que aún no encontrara nunca quien la supiera decir. Y desde entonces, cuando Sinbad baja al muelle y encuentra pidiendo limosna a un ciego que hace las santas peregrinaciones, se aparta con él, le paga un refresco de menta o de granadina, lo examina y cuando sabe cuál es la mayor curiosidad que tiene de entre todas las diversiones de la vida, Sinbad le cuenta como es, y los ejemplos los pone de bulto y no de colores, para que el pobre ciego no se ponga a profundizar más dolorido en su pérdida.

Por si llega a oídos de la viuda Alba, Sinbad en la fuente, a la que se acerca con Sari por mostrarle a este cómo se mide con dos caracolas el fondo que hay en el estrecho Calibante, dice en voz alta:

—Tras el monzón, cuando regrese de Cochin una nave en la que llevo parte del trato de la pimienta, he de mejorar este arte por álgebra y logaritmos, conforme a los persas, y la arrendaré a los pilotos mayores, y con la renta le añado dos cámaras a la casa, Sari amigo, y quizá me case, si es que sigo en no volver al mar. Eso sí, una sola mujer, muy señora en lo suyo y bien mantenida. Todos los lunes, pongo por ejemplo, gallina con almendras.

—¿Y los martes, señor Sinbad?

—Si hay mujel, mujel, y de lo contrario, ya miraría en el mapa qué viento toca en Sanga-Sanga, y si es corriente fría o caliente en la sazón, y se manda traer el pez que esté en su punto.

—¡Tengo el vicio de los escachos con perejil! —se dolió Sari.

—Entonces, criado mío, vendrías a comer los disantos.

Sinbad se retira seguido de Sari, tras saludar con leve inclinación de cabeza a las mujeres que están con los cántaros vidriados al agua fresca, y Sari lleva el cabo con las caracolas, y movido quizá por el andar pomposo de su amo, lleva una a la boca y sopla fuerte, y sale la bocinada estridente, y a Sinbad le gusta, que le recuerda, según él dice, la seña de cortesía que le hacía la guardia de Melinde cuando entraba en el palacio del Sultán a decir la marea del día. Un enano con un plumero le quitaba el polvo de los borceguíes.

Encendió el candil de aceite y lo colgó de un clavo en la viga de acacia, que estaba muy curvada y si no la hubiese posteado en el medio podía venirse abajo todo el tejado, y fuese desnudando con grande calma, y pasando el cepillo a cada prenda. Sacó de tras el biombo un maniquí que le comprara a un sastre en Columbo y lo vistió con lo que él se sacaba, turbante y todo, y cuando quedó en camisolo y bragas le dio dos o tres viradas al maniquí, que era giratorio, y comentó entre dientes, que eran tres no más y vacilantes, que no había queja, que paseara aquel día bastante lucido, y para meterse en la cama se dispuso a enmangar un camisón lleno de zurcidos y remiendos, y le pareció que alguien andaba en la puerta, y estuvo atento, y no era nadie, sino una rata que roía en el desván, y siguió poniéndose el camisón, y se fijó en un remiendo nuevo amarillento que tenía poco más arriba de salvas partes, y sonrió.

—Si entrara alguien súbitamente y mirara esta vieja prenda, le diría que llegaba a tiempo de ver lo que nunca yo enseñara a nadie, y fue que este retalillo amarillo me lo mandó para fondo del entredós de una pechera una dama de Ormuz, y yo tenía precisión de un camisón, y me parecía que si ella lo supiese, que le gustaría que lo hubiese metido en prenda de más intimidad, y así partiendo del retal fui añadiendo telas hasta lograr el camisón famoso, aquí presente, y las otras telas se gastan, pero el remiendo amarillo, que es satinado levantisco, ni se roza, ni pierde...

—¡Satinado levantisco! —repetíase a sí mismo Sinbad—. ¡Mira que dan tan pronto con unas palabras tan bien puestas! Hay adjetivos que dichos de una cosa, en el instante mismo la aumentan de precio, y la ponen delante de los ojos como si encendiesen a su lado una lámpara, o la acabasen de pintar... ¡Satinado levantisco! Y si fuese Mansur quien llegase, por pasmarlo de saber de amores y cortesánías, le diría que se fijase, que el regalo de la dama de Ormuz, cuando decidió hacer el camisón, no lo pusiera para delante, en la barriga, donde podía haber alguna deshonestidad, sino para atrás y alto, fuera de la salida natural de vientos, aunque estos están permitidos por el Libro en Matrimonio, seis de máximo cada noche. ¡Benditas sean las plumas que escribieron las letras!

Sinbad mató el candil, se metió en el lecho, y buscó en las memorias suyas un viaje para adormecer con él, y gustaba de buscarlos muy largos y detallados y no sabía dejar cabo suelto desde que salía a la solana suya haciendo visera con la mano, por ver cómo se levantara el mar aquella mañana, y qué viento lo peinaba, y por veces tenía que pararse, que no situaba en el cuento unos compañeros o una despedida, o de qué parte ancoraría la nave, o un fardo estaba puesto en cubierta que no dejaba pasar cómodo a proa, y estaba media hora dándole vueltas a aquel tropiezo, y cuando lo burlaba, entonces la nave y el sueño suyo encontraban franca vía, y adormecía en un repente, quedado y roncador, y si soñaba, lo que no acostumbra, le subían los sueños en palabras a los labios, a pasearse. Si

pudiéramos verlas, seguramente que eran palabras muy vestidas de colores, espuma de la memoria que Sinbad gastaba cada día, nueva y eterna espuma del mar Mayor, rota en perlas relucientes por los vientos amigos que pasan cantando.

SEGUNDA PARTE
VÍSPERAS DE VIAJE

Sinbad mostró a Sari una estampa en la que venían muy pintadas dos naves, y la letra del pie decía que las estaban clavando en Basora por cuenta de un señor del Farfistán que quería tener tratos con Especiería, y el príncipe buscaba pilotos sabidores, que metía en el mercado del mar todo cuanto tenía, y uno de los pilotos con quien quería apalabrarse era con Sinbad, si lo había, y por eso preguntaba si vivía el verdadero Sinbad el Marino, que no fuera a haber otro, a lo mejor un sobrino heredado o un camarero que usase el nombre célebre para aprovecharse de la fama, que ya pasara en Catay con un tal Li, el que puso la aguja al Norte, y murió en una caída en Malabar, en una cucaña, y después andaban por todas partes marineros chinos enseñando la aguja, y todos decían que eran el Li, y muchas de las agujas de estos no norteaban propiamente, y hubo grandes naufragios y se perdieron navíos en el laberinto del mar, y por poco no se descubre entonces el Brasil o la isla de Cuba. Y el príncipe del Farfistán pedía testimonio de cuatro viajes a la pimienta, y quería saber si el quiñón de Sinbad era libre o acostumbraba parte por suerte, y si la oveja salpresa que adelantaría el armador iba con hueso o no. En las caravanas de Asia va con hueso, para que no les metan cabrón, que es más correoso.

—Le voy a escribir de mi mano, letra bermeja medinesa alta, que es muy de escribanos reales y vale en todo el Califato. Ya te enseñaré la plana, y aunque no sabes leer, te ha de gustar el rasgueado, que yo innovo en adornos, y lo mío propio es hacer imitante la palabra escrita a la cosa; verbigracia, que la palabra nao parezca una nao, extendiendo la taza de la a, y entonces paso a ponerle por la parte del rabicho una banderita verde, y cosas parecidas hago con pájaro, granada, viento, fuego... La palabra fuego siempre la escribo con tinta roja, aunque todo lo demás vaya en negro, y le pongo muy vagante encima un espíritu ahumado, azuleado. En una carta que le escribí a un piloto de Moara contándole cómo llegué a las nieves marinas llevado por el zaratán, puse «fuego» como acostumbro, y hacía tanto frío en aquella mi osada navegación, y tan bien lo contaba yo, que mi amigo, leyendo el párrafo, arrimaba las manos suyas al escrito «fuego», por calentarlas.

¡Cosas famosas que pasan entre almirantes, Sari querido!

Llegó el viejo Monsaide y se sentó junto al níspero a estudiar la lámina de las naos, y se decidía por la más pequeña.

—¡Mismo sale hecha! ¡Esta nació! ¡Y por algo le pusieron ese tocador de rabel

sentado en la popa!

Sinbad medía con un hilo, y sacó que de eslora por ahí se iban, pero que en manga y en puntal desaparejaban, y la que parecía la mayor levantaba mucho de popa.

—¡Les sale como las de los bizantinos, colipava! —dijo.

Y aunque no contestara al armador del Farfistán, ya se dio Sinbad por apalabrado, con quiñón libre, y en lo que respecta a la carne salpresa, que mejor era sin hueso, que ocuparía menos, y que la carne de cabrón era comestible si se tenía la precaución de caparlo dos días antes de matarlo. Y sacó Sinbad pincel y tinta, y en un cartón escribió muy solemne:

AVISO
SINBAD TENDRÁ
NAVE
PARA ESPECIERÍA
DESPUÉS DEL MONZÓN

Y dejó lugar abajo y al margen para que se apuntasen los marineros vacantes y que quisiesen salir con él.

—Siento no saber el nombre de la nave —comentó.

El cartel fue colocado en el muelle, en el soportal que llaman del Congrio. El primero en apuntarse fue Sari, y el propio Sinbad con un carbón puso de derecha a izquierda, en la primera columna:

SARI, CRIADO DE MAREAS Y REFRESCOS DE SINBAD

—No puse que también harás guardia a mi remo y tendrás que estar al tanto del cepillado de turbantes, que ocuparía mucho espacio y no quedaría lugar para el apunto de los otros marineros, que no saben poner su nombre si no es con letras de fardo. Y que no quepa toda la nómina en el cartel de aviso, es de mal agüero.

—¡Dicen que te vas, mi Sinbad, señoría! —le gritaba el ciego Abdalá, que pedía siempre delante de la taberna del Cangrejo de Oro.

—¡Vuelvo al mar, amigo Abdalá Ibn Ismael al Malaquí! ¡Hazme un encargo! ¡Los pedidos de los ciegos traen suerte!

—¡Llévame de vigía, Sinbad! ¡No te lo digo por burla! A tientas lo conozco todo, hasta si el vino tiene agua, y por el oído sé dónde rompe el mar. ¡Aún sirvo para algo, Sinbad!

Sinbad escuchaba en la voz del ciego que no era burla el pedido. ¿No despertara él con la carta del señor farfistaní? ¿Uno que despierta no despertará a todos¹? ¿No vendría una nueva primavera al mundo?

—¡Digo la derecha y la izquierda de las barras, Sinbad! Llévame dando vueltas, ponme donde escuche, y te digo qué ribera es. ¿En qué piensas que gasto esta oscuridad? ¿No hay caridad en el mundo, mi señor, mi amigo, mi conversador?

Sinbad vio que la ocasión era como otra nunca hubiera. Todo el muelle, marineros, pescantinas, forasteros, mercaderes de Calicut y de Bagdad, peregrinas de La Meca, estaban allí oyendo, mirando. Y además, las palabras de Abdalá le golpeaban a Sinbad en el corazón.

—¡Sinbad, llévame al mar! ¡No se lo niegues a un pobre ciego, majestad de las corrientes! ¡Seré tu dedo pulgar!

Sinbad le pidió a Sari el carbón, y con la mejor letra que pudo hacer, que acaso fuese damascena torneada, escribió en el aviso, a la cabeza de la tercera columna del rol:

ABDALÁ EL CIEGO, VIGÍA Y DEDO PULGAR DE SINBAD

Sari acercó el ciego a donde estaba el aviso colgado.

—¡Ahí estás puesto, señor vigía!

Y el ciego acertó, y posó, llorando, su mano derecha sobre su nombre y la palabra «vigía»; esa la escribiera Sinbad con mucho tiento, y parecía un ojo, y el espíritu, metido dentro de las letras, figuraba una negra pupila vigilante.

Sinbad metió la mano en el agua, inclinándose sobre la borda, y salpicó las barbas suyas, en las que quedaron brillando unas gotas alegres.

—Abdalá, vamos por la salida de Goa, rodeando a sotavento de Indias, y aquí corre el mar para arriba, y si uno se tira a él, y pone el ojo a nivel, se ve muy bien la cuesta que hace.

—¿Tan afuera salimos, capitán?

—¡No, hombre, no! ¡Esta es una lección!

El piloto abrió la caja de la aguja y midió cuarta y dos dedos en el aire, y le dijo a Sari que llevase la proa puesta a un molino de viento que batía en un alto, en una descampada entre cabos, y que quería ver si mudara el canal del Golfo para cuando saliese con su nave, que habían de estar mirando desde el muelle, y si podía empopar con el terral de la marea baja, y estando él en el mando con un vaso lleno de limonada hasta los bordes, no vertería ni gota al pasar la barra.

—El mar es una vida, y como todo animal cambia de pastos y de huelgas^[3], y a veces parece que se rasque enrabiado las espaldas contra las rocas del fondo, y otras aguarda la mano y rosma callada, igual que un lebrel de Persia que hace la digestión, tumbado en una alfombra rica, del vientre de una hermosa gacela. El mar a veces me tiene dicho, o a mí me lo pareció, que le gusta que lo naveguen los terrenales.

Abdalá remaba acompasado, y como atara los zuecos entre sí y los llevaba colgados del cuello, y cuando en la bogada se echaba hacia delante, golpeaban las suelas claveteadas una contra otra, pam, pam. Sinbad sonrió, que le vendría algún recuerdo de pasadas navegaciones.

—Dado que vamos por la salida de Goa, como iba diciendo, si levantaran unas nubes que hay al Nornoroeste, veríamos Moara, que tan famosa ciudad no es más que una torre en una laguna. Esta laguna fue medrando y cubrió las casas, y la gente se metió en la torre; el señor de la ciudad dejó poner vigas en las almenas, y sobre estas vigas los vecinos hicieron casas, que fue como ponerle a la torre un sombrero de alas, y todavía encima de estas casas arbolaron otras y otra, y todo esto en el aire, no hay calles, sino escaleras de caña, los pasamanos muy adornados con macetas con rosales, y mucha menta y hierbaluisa, y como no era decente que el príncipe tuviese sus cámaras debajo de las del paisanaje, en la cima hizo un pequeño palacio, y en la terraza cosecha té. Y lo peor de aquel mundo es subir el agua a las casas, que se hace por cuerda y caldero, como si se trajese de pozo. Si pasas al atardecer a siete leguas de Moara, escuchas que viene de aquella banda el ruido que hacen las mil roldanas de los moareses subiendo el agua. La robaliza se fue de aquellas costas a causa de este estruendo.

—¿Lo adivinaste tú, mi amo? —preguntaba Abdalá dejando de remar, y mirando con los ojos suyos sin luz para donde nacía la voz novelante del piloto.

—Y se lo dije al mirán, que es como se llama al rey de allí, cuando le fui a vender el pez papagayo, que nunca otro se pescó más que aquel.

Sari dejaba el timón, y se arrodillaba, que era una costumbre que tenía, delante de Sinbad.

—¿Hay ese pez, patrón? ¡Di que no lo hay, señoría! ¿Cuánto valdría en Damasco? ¿Fue a red?

—¡Sari, la barra no se deja nunca! ¡Un hombre es algo en el mar porque es un timón! ¡Enfila el molino de viento!

Volvió Sari a su oficio y Abdalá al remo. Venía de la boca un aire fresco y húmedo, que rizaba gozoso en el mar, y lejos, en lo abierto, parecía caer del cielo polvo de oro. Sinbad decidió que parase de remar Abdalá e izó vela, y con la misma le mandó virar a Sari y tomaron la barra de través, de vuelta para casa.

—Ya pasamos el islote de los Buzardos —dijo Abdalá—. ¡Pronto comenzaremos a oír el río!

Sinbad, viendo tan humilde y callado a Sari, que llevaba el timón sin osar quitar ojo del farol del muelle, que es la remontada correcta de la ría cuando baja la marea, no vio inconveniente en seguir con la historia de cuando fue a Moara a decirle al miran el porqué de la escampada de la robaliza, y de paso a venderle el rico pez papagayo.

—En el mar no hay que admirarse de nada, después del milagro que es que se pueda andar por él en un alado de maderas, y que se puedan tomar los vientos señoriales en unas lonas recortadas. El pez papagayo lo pesqué yo mismo a diecisiete leguas de Columbo. Es pez de fondos, pero las hembras salen mudas, y a los más de ellos no les hace gracia procrear en silencio allá abajo, y dejan ese trabajo a los machos que salen mudos, o tartamudos, o táticos, que hay de todo como en las familias, y los bien parlantes suben a la nata^[4] del mar, y andan cerca de las naos; no se pescan porque escuchan todo lo que hablan los marineros. El hablar de ellos es la cosa más graciosa que hay, porque hacen con su boca, que tiene pequeños labios encarnados, unas vejigas de aire, y las mandan fuera del agua: al salir estallan y vierten la palabra que llevan dentro, y en cada vejiga no caben más de dos sílabas, y así, si la palabra tiene tres o cuatro, hay que adivinar lo que falta. Dicen *golon* por golondrina, e *higue* por higuera, y su lengua siempre es arábigo letrado.

—¿De verdad dicen *golon* e *higue*, mi señor? —preguntaba Abdalá echándose por encima de la cabeza la falda de la chilaba, que comenzaba a llover mansamente, y el ciego era muy mirado en no coger catarros, que lo ensordaban y lo dejaban tirado por el mundo.

—Y *abda* en vez de Abdalá. El mirán de Moara aprecia mucho al pez papagayo porque juega con sus mujeres a ver quién adivine y siga de corrido el hablar vejigado.

—¿Cómo lo pescaste, gran señor? —inquiría Sari.

—Era una tarde regalada, de cuando se va el verano, y todo el mar es de cristal y parece que pasaran espejos con el viento. Yo estaba de bruces a babor de la *Preciosa*,

probando un corcho con plumas para medir la corriente maldiva, y vi que salían alrededor del corcho las vejiguitas de las palabras de dos peces papagayos, que estarían por allí mismo muy conversadores, y hablaban de mi corcho emplumado, y uno decía si no sería gente de teatro chino, que todavía le oyera la antevíspera un relato a un marinero cantonés, y el otro pez no sabía lo que fuese teatro.

—¡Tampoco lo sé yo, así Dios me salve! —dijo Abdalá.

—Ya lo sabrás, que te he de llevar en China. Digo que hablaban de eso, y entonces al magín me vino una luz, y me dije que era la gran ocasión del mundo para pescar el pez papagayo, y me puse a contar en voz alta una pieza que viera en Cantón —el teatro, Abdalá, es como una novela, sólo que no pasa en el papel, sino en figuras vestidas de lujo en un tablado, en un patio—, y que se llama dicha pieza *La Dama que engañada por un Demonio elegante quiso comprarle al Viento la Perdiz que hablaba, o Verdadera Historia de un Mandarín que por no gastar quedó cornudo*, que es muy famosa cosa, con baile y todo, y la mujer se desmaya dos veces, y al demonio, cuando la pieza se remata, lo envuelve el viento y lo deja en escena, gira que gira, como rueda de molino. Me puse, digo, a recitar, y los peces papagayos, curiosos, callaron a flor de agua, y yo por lenguaje de dedos le pedí a mi segundo una caña hueca, de dos varas de largo, que quedara en mi cámara de cuando llevé a Melinde la quinta suegra del Sultán, que tenía que darse un baño de luna llena en un punto que tenía en la rabadilla, y para que bajase la luna concentrada se tomaban los rayos suyos con aquella caña, y hablando por ella, que la metí en la boca, y mismo me salía voz de viento de comedia china, y en las manos el colador de la manzanilla, que hasta coincidió que era de bayeta verde, como es el mar allí, esmeraldino oscuro, me echaron mis marineros al agua, atado por la cintura con dos cuerdas, y yo seguía hablando desde abajo, y rápido metí el colador donde creía que estaban los famosos peces, y salí con uno cuando me izaron, y todo pasó en menos tiempo que tardé en contároslo. Y el pez papagayo pescado, que fue el que no sabía lo que era teatro, ni se movió cuando lo echamos en una palangana, sino que todo apurado hacía vejiguitas que decían:

—¡Prosi con tan su señó del demo ele enamó!

—¡Prosiga contando su señoría del demonio elegante enamorado! Tuvimos muchas conversaciones hasta llegar a Moara, y me despedí de él con pena, y lo que le hacía reír mucho era que las mujeres en Bolanda les cortasen las uñas de los pies a los hombres en las tardes de los jueves.

—¡Si volvi abá —me dijo—, ya tenía fiesta con mi suegra! ¡Si volvi abá!

Me parece que le estoy oyendo, que siempre estaba con eso: ¡Si volvi abá! Se le vendí al mirán, y este tiene encima del turbante un bombo que se afina con trenzado de cerda, y habla por él con sus súbditos, porque no hay plaza en Moara para que salga pregonero, y cuando me compró el pez papagayo, sus ministros estuvieron una hora larga ¡bom, bom, bom! diciéndoles a los moareses la nueva riqueza de su señor emir.

Y en estas conversaciones llegaron al muelle, llevados por el viento de posta, y ya pasara la llovizna, y estaban esperando a Sinbad el Marino el señor Arfe el Viejo y Ruz el Oscuro, y lo primero que nuestro piloto les dijo fue que en lo que respecta al canal, que mudara diecinueve varas al Este en lo abanto del Golfo, y que no las midiera propiamente, pero las sacaba por el oído de Abdalá y por donde salseaban los bajíos de arena.

—¡Ya veréis cuando yo salga, qué retorneos!

Y con la mano imitaba una culebra deslizándose por una junquera.

Baja Sinbad todas las tardes al muelle cuando termina la tertulia en la fonda, y mira en el cartel cuántos marineros se apuntaron ya, y no son muchos, y se sienta con Sari a la puerta del estancado de la sal, o entra en la taberna del Cangrejo de Oro, refresca con agua de canela azucarada agasajado por el patrón, y trata con este de víveres que comprará, y manda pesar cuatro o cinco tabales de caballa seca, y mide los rollos de cuerda, y dice que quizá precise tantas varas de la de pulgada y otras tantas de cabo morisco, que después de cocido este es el mejor que hay para las navegaciones al Sureste, que no suda sal, y aunque se moje en una tormenta al secar no entiesa. Y los presentes, que llevan toda la vida tratando en cabo morisco y lo van a comprar hasta Túnez, pasman de tanta ciencia, y pasados dos días, si vais por el bazar, veis que el cordelero Mustafá ya anuncia en su tenderete: «Cabo morisco cocido. La mejor para el mar y para pozos».

Sinbad cuenta que está esperando a un estrellero de Adem, que le llaman Ornar Pequeño, y que es un hombre que sería famoso si no fuese por la humildad con que anda por el mundo, y porque sabiendo toda cosa de astronomía y eclipses por álgebra, y poner el cero en las cifras, le da por insistir en lo único que no sabe, que es el ajedrez y quiere aprender el gambito de Federico Siciliano, y lleva en esto siete u ocho años, y no adelanta nada.

—Pasmaréis cuando le veáis, que es alto de nueve cuartas, y lo que son las burlas: cuando era muchachuelo de ocho años, más o menos, en la feria de Medina lo pusieron delante de un espejo que hacía a la gente que en él se miraba pequeña como grano de arroz, y tomó una rabia tan grande mi amigo Ornar, que se puso consigo mismo en que había de crecer y lograrse tan alto que no lo pudiera empequeñecer ningún espejo de feria. Y a pulso de pensamiento creció, y se puso en las nueve cuartas dichas, y fue a Medina y se plantó delante del espejo, y este tuvo que darse, que no lo pudo resumir, porque excedía Omar de la medida humana. Pasa con estos espejos que empequeñecen a la gente que cabe cómoda en ellos, pero no hacen nada con los que son más altos y sobresalen de los marcos. La gente aplaudió y Omar se puso colorado. Y ya me decía que fuera la talla suya la que lo llevara para estrellero, y se reía diciendo que eran los de las estrellas los ojos que tenía más cerca. ¡Los engañadores! Pero con mi Ornar que no haya temor, que además de mirar las partes celestes por número, tiene un paraguas que no hay otro, y cae la noche y canta de popa el que guarda que está la noche nublada, y sale mi estrellero y ve que no hay ni una estrella descubierta, y a lo mejor pasmó la aguja, que la cogió la piedra imán del sultán de Calangora, que se distrae perdiendo naves, y va Ornar Pequeño y abre su paraguas, y por dentro de la tela lleva el mapa del cielo. El paraguas está orientado y él sólo muévase y da el cielo natural, y entonces Omar Pequeño canta el punto, y va toda la oscura noche dando rumbos por aquellos mares, y gusta de gritar ¡noche

serena!, y los viajeros que van en el puente piensan que es broma de estrellero borracho, pero yo, en mi cámara, en mi camita, con la barba mía bien derramada por el embozo de seda, duermo sonriendo, confiado en las estrellas de Omar, y no hay nada más hermoso que adormitarse en el mar, oyendo ya en sueños la voz de la guarda, que se la lleva el viento...

—¡Ya me tarda el ver ese estrellero! —decía Sari—. ¡Nueve cuartas!

—¿Y es bien figurado? —preguntaba el Cangrejo.

—¿Bien figurado? Algo de anchos quizá le falten, pero anda muy erguido y calmoso, y todo va en la proporción. ¡Hombre, no tiene la gracia de un mediano! Eso sí, tiene una disconformidad en un pie, y ahora mismo no recuerdo si es en el derecho o en el izquierdo. Para crecer como os dije, que era todo de espiritual voluntad, mandaba fuerzas de la imaginación a todas las partes de su cuerpo, por horas, y en la que las estaba mandando a los pies, no se dio cuenta que sobre uno de ellos —ya dije que no me acuerdo si es el derecho o el izquierdo—, le cayó un pañuelo de seda, que lo tapó y no lo veía, y como las fuerzas las mandaba por mirada, aquel pie no creció y el otro creció el doble, yéndose para uno lo que había de ser repartido en dos. Tiene, pues, un pie largo, doble que el otro, y muy empeinado, y el dedo gordo le salió ladeado, y trabajando en él para ponerlo natural lo dislocó, pero con esta falta ganó una gracia nueva, que pasmaréis si os la cuento.

—¡Cuenta, amigo! ¡Refresca con este trago! —animaba el Cangrejo a Sinbad. Al Cangrejo le llaman así por la enseña de su taberna, que lo trae de oro en sínople; es un pequeño gordo, calvo de todo, y en la grande cabeza huesuda y nudosa, trae posado un fez colorado, desteñido por el craso sudor. Toda la vida la pasó llorándose de que por marearse no pudiera ser marinero. Tiene ojos quietos de buey, pero es listo en el trato. Dormita muchas veces en un tabal de caballa, y entonces le cae un hilo de baba desde la boca; parece que duerma profundo, por lo que ronca, pero si alguien se acerca a la caja de los dineros, por muy pies de lana que traiga, cuando ya está a dos varas el Cangrejo abre el ojo izquierdo y escupe el hilo de baba.

—Pues la gracia —contó Sinbad— es que se descalza la babucha y pone el pie de lado, de Levante a Poniente, en la postura natural de los relojes de sol, y echando hacia delante el dedo gordo dislocado que os dije, da en la palma del pie la hora con la sombra de él, y para más comodidad pintó los números de las horas, cuadrados por equinoccios, y así es su hora la más puntual, verano e invierno, que haya en el Califato.

Sinbad sonrío, pasa una tranquila mirada por los ojos de todos los atentos presentes, refresca con el trago de canela, y se despide hasta el siguiente día. Cada hora trae Sinbad una novedad, descubre un país, cuenta de cartas que le vienen de lejos pidiendo puestos en su nave famosa, y dice que si quisiera que podía llevar una tripulación toda de pilotos, cobrándoles encima la escuela. Y ya en su casa, saca el viejo atlas del Islam que tiene metido en un tubo de hierro, lo tiende en el suelo, y con un bastón de ébano se da a sí mismo clase de rumbos. Sari, sentado junto a la

carta, pone piedrecitas de colores, rodadas del río Iadid, en las escalas que el señor almirante va haciendo.

—Por donde vamos, ya se debe ver la punta de Borneo. Nunca llegué allí que no fuera bajo grandes lluvias. Piensa que yo estoy en la cama, que ya amaneció, y llegas tú a ponerme la ropa del día en el maniquí, para que me eche una ojeada antes de vestirme con ella, y me traes también una taza de arroz dulce y unas alcachofas salteadas, y yo te pido que te asomes al ojo por ver si llueve y he de llevar sobretodo de damasco o capadril.

Sari tiene en la mano una piedra verde, redonda y pulida, y va a posarla allí donde dice Borneo, cuando su amo diga que anclaron en la bahía y le están haciendo salvas, como muy conocido.

—¡Mira a ver si llueve, Sari amigo!

Y Sari deja la piedra a media cuarta de Borneo y va hacia la ventana, y entonces Sinbad de una copa que tiene con agua en el brazo del sillón, le echa con la mano una ráfaga de gotas en la cara, y Sari se vuelve sonriendo, y con malicia y con inocencia a un tiempo, con alegría del juego, le dice al patrón.

—¡Nostramo, llueve menudo!

Sinbad le da vuelta a la capa corta que viste aquel día, porque no se le moje, si resulta que sin darse cuenta lleva damasco, una prenda de mérito, y le dice a su Sari, criado paje de mareas y refrescos a bordo:

—¡Ya puedes decir en cualquier juzgado que llegaste a Borneo!

Sari se seca el rostro y pone la piedra verde en su lugar.

Cuando se va a meter en cama Sinbad se acuerda de que todavía no le escribió respuesta alguna al señor del Farfistán, y que ya va siendo hora de hacerlo. Pero ¿no le respondió? ¡Si ya hace más de un mes que recibió la carta del armador, con la figura de las naves! Sí, seguramente que ya la he contestado, en letra bermeja medinesa alta, o en letra París que es en la que Saladino le escribía a los francos, o en minúscula damascena rasgueada... ¿En qué letra, señor Alá? Y no logra dormir hasta que no se le viene poniendo patente ante los dos ojos cerrados el sobrescrito de la carta suya, en letra propia, en una que es de él, de Sinbad y de sus ensueños, en unas letras de todos los colores, y hay palabras nuevas que nacen por el gusto de verse en aquellas líneas tan bien formadas, que brincan unas sobre otras, y se vuelven para sorprenderse de la sílaba que viene detrás. Habría que hacer un vocabulario de estas palabras nuevecitas, que sólo Sinbad las comprende, y al oído, por el canto que traen, y viene luego a haber la cosa porque antes fue la palabra. Y el sobrescrito vuela en la imaginación de Sinbad, que se duerme:

AL SEÑOR DEL FARFIS QUE MAN
TÁN DA
CLAVAR DOS NAVES EN BASORA

upo Sinbad que llegara a Bolanda de paso para un sultanato de la banda del Estrecho un mercader del Farfistán que trataba en almireces de boj, y bajó al muelle a tener una confidencia con él, por saber quién sería aquel señor farfistaní que le escribiera tan cumplido, y si viniendo de Basora, como venía, supiera de las dos nuevas naves que debían de estar haciendo en los astilleros de la Boca Vieja. El mercader, que se llamaba sidi Muza y era hombre muy cortesano, de obra de sesenta años y muy salvador, y la barba muy trenzada la lleva por la punta con una cadenita de oro a un botón de lo mismo en la oreja izquierda, le dijo, después de hacerse mucho de rogar, que él tenía en su país una vecindad muy pacífica y no quería poner en cuentos de ribera a las gentes de allá, que luego siempre se sabía lo qué y quién dijera, y aumentado; le dijo, digo, que en el Farfistán solamente había dos ricos que tuvieran dinero sobrado para hacer dos naves, y uno sería Al Jach Malini, quien tiene una parada famosa, con camellos padres emparentados con el camello Jalil del gran mogol, que anda en las historias por corredor y porque trayéndole el gran visir una hembra de sus cuabras para que la cubriera no la cubrió, que no era de familia conocida sino cogida salvaje en las estepas y la piel áspera, y como el gran visir insistiera e incluso llegó a leerle a Jalil con dos escribanos presentes una ley del mogol que le mandaba que sobrepusiera a sus escrúpulos y cubriera, va el aristócrata y se autocapó de una dentellada. El propio gran mogol, admirado, lo curó, e iba todos los días de Alá a ponerle paños calientes con ceniza de concha de caracol en las heridas partes, y lo llevó de veraneo a las montañas para que con el viento seco de las cumbres y hierba de maceta de los conventos se repusiese. Pero este Al Jach Malini no será el armador, que no sale del patio grande de su casa atendiendo a la parada y cobrando contante los saltos, cosa que solamente puede hacer él, que tiene igualados a todos los camelleros del Asia Central, y conoce todo ramo familiar de camello, y cuando toca que un tío preñe a una sobrina, que ahí está toda la ciencia del criador, y el resto es música de Borodin. Además sabe toda la diversidad de moneda de todos los países en que haya camellos.

Uno de los ricos, pues, era este Al Jach Malini, y el otro era sidi Raxel al Gazuli, es decir, el Rubio, y quizá, a seguro, que fuera este el que discurriera hacerse armador y tratar en la pimienta.

—Sidi Raxel —comentó sidi Muza— siempre tuvo caravanas que hacían escalas desde Damasco a Samarcanda y desde Samarcanda a la ciudad de Kublai Jan, que ya es China propia, y yo fui en una que él mismo mandaba, hasta el reino de los kitanos, en trata de martas cebellinas, y sidi Raxel es un media talla, de ancho pecho, muy peleón, siempre con el sombrero de pico de Karakorum, y toda la caravana la lleva por toque de trompeta, y cuando se rematan los tratos y vienen las cuentas, por un nada clava el puñal suyo en la tabla de cambios, y como una vez un cambista indio

murió del susto, y se le pondría un grumo en el corazón, sidi Raxel cobró fama de que mataba con la mirada, y no hay en todos los bazares del mundo quien se quiera enfrentar con él. Y ya le tengo oído que le gustaría tratar en el mar, y en gran parte estar con miedo de que los navíos en los que va tanta riqueza suya se pierdan en una tempestad, y que él gozaba mucho con estos miedos de quedar pobre, y el trato aventurero era para él lo que para otros jugar cuatro cargas a que sale tercera de la bolsa la bola verde. Y me río ahora, porque me acuerdo de que cuando me estaba diciendo lo que gozaba con los miedos y con soñarse sin casa ni moneda, y que venían los alcabaleros del mogol a embargarle los veintinueve sombreros que tenía, y que no podían ser treinta porque entonces tendría tantos como el Sanichá de Persia, quiso refrescar y pidió una granadina, y no había ni vaso ni zumo, se acercó a él un pitisú que tiene, un tal flautista de trece años y los ojos verdes, que lo compró en Damasco en una juerga, y habla siempre en tiple y echa el té por encima del hombro, a preguntarle qué le gustaban más, si aquellos miedos de que hablaba o sus caricias. Sidi Raxel le metió una patada en el culo, que en tertulia de comercio es hombre serio.

—¿Y a dónde se le pueden mandar cartas a sidi Raxel al Gazuli? —preguntó el señor Sinbad.

—A la estafeta del gran mogol, en la puente Balacrán. ¡Una puente famosa! Primero va el río y se pasa en un vado, y cuando ya estás en la arena de la orilla, comienza la puente, que cruza tierra firme. Capricho de una murciana que tenía Jarún al Rachís, que siempre despertaba gritando que había inundación.

Ya tenía cinco marineros apuntados Sinbad en su «Aviso», sin contar a Sari ni Abdalá y de los cinco dos eran mozos que aún no salieran nunca del Golfo, y de segundo pondría Sinbad a Ornar Pequeño, el estrellero, cuando llegase, y mal sería que hasta que pasase el monzón no se apuntasen otros cinco o seis, y ya le dijera el almirante Monsaide que le pasaría, si le hacían falta, cuatro que a él le sobraban en una nave que llegaba de Malaca. Lo que traía a Sinbad pensativo era que no le venían noticias del Farfistán, y hablando con los que llegaban de Basora, que le daban señas de las naves que se estaban haciendo en la Boca Vieja y en la Boca Nueva, no se ponía de acuerdo para saber cuál era la suya, y si iba muy adelantada.

—¡Una que tiene un tocador de rabel en la popa, hombre!

—¡Lo retratarían para una estampa! —dijo uno.

—Debe de andar por allí un señor de sombrero de pico —contestó Sinbad por más señas.

—Ese lo hay, que lo vi yo —aseveró un marinero de Borsabad, que venía a pretenderse de cocinero.

—¿Cuántas clases de arroz hay? —le preguntaba Sinbad, examinándolo en la fonda, delante de Mansur.

—Tres: cocido, levantado y dulce.

—¿Cuándo se le echa el azafrán al levantado? —preguntábale Mansur.

—¿Cuándo se lo echas tú? —repreguntaba el borsabadí.

—¿Yo? ¡Tan pronto como hierve!

—¡Bah! ¡Así cualquiera! Yo saco un poco de caldo para un pocilio y echo allí el azafrán, y cuando desuñó, con un cuentagotas de caña voy lloviznando en el arroz, y así sale lo amarillo que yo quiero. En verano, como hay sol en el mundo, un poco más blanco, que refresca la vista, y en el monzón y en invierno, más doradito. ¡No se come sólo con la boca!

—¿Y en dulces? ¿Qué sabes de dulces? —preguntaba Sinbad.

El aspirante era un hombrecillo delgado, muy arrugado de cara, con el turbante metido hasta las cejas, y lo más propio de él era parpadear seguido. Para contestar daba paso atrás y antes de soltar respuesta ponía el dedo en la boca un instante. Vestía un chaleco blanco bordado de hoja de limonero, y las bombachas, que las enfajaba en la cintura en colorado, eran anchas y remendadas en las rodillas. No se sabía si gastaba camisa, que la gran barba roja le cubría el pecho.

—¿En dulces? Toda la almendra, leche frita, huevos hilados, miel enharinada, huevos de naranja, almíbar de higos, caramelo de lechuga y tarta de boda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Sinbad.

—Muley Casimiro, Señoría.

—La tarta de bodas, ¿cómo la sacas?

—Hago bizcocho de pasas y monto capa de bizcocho, capa de miel caramela, capa de almendra rallada, capa de bizcocho, todo en forma de bola del mundo, y envuelvo todo en merengada de frutas, y en el Polo Norte pongo un clavel.

¡En el Polo Norte un clavel! Si la viuda Alba supiese que había tal tarta de boda, tal clavel allá arriba, quizá quisiese. La boda podría hacerse en la nao, bien alfombrada la popa con hinojo y junquiza y rosas deshojadas, y un asiento de dos almohadas para la viuda, metido en una tienda montada, y él, Sinbad, diciendo las palabras de presente en árabe literario, y el caid leyendo donde dice el Libro que la mujer no le puede negar al hombre ni la sombra de un pelo, y que si le duelen las muelas que le ha de traer piel de la espalda de la rana para poner en lo inflamado, y si le duele la cabeza que le ha de poner en la nuca paños mojados en manzanilla, y esto hasta siete veces siete, y que si al marido se le antoja mirarle las piernas, con tal de que sea a la luz del candil dentro de casa, ella tiene que mostrárselas, desnudas y lavadas. Y se acordaba Sinbad de que tenía en una de sus cajas herradas un candil que comprara en Bengala, que tenía una bola que se calentaba en la llama y bien caliente subía y el candil daba toda su luz, pero al enfriar la bolita caía y parte de la llama se metía en ella, y entonces era como un crepúsculo vespertino, una rosada lucecita hasta que la bola volvía a calentarse y a subir. Y con aquel juego de luces decirle a Alba querida que levantara el faldellín, y después la sobresaia, y después la saya, y luego poco a poco la camisa... Sinbad sintió que le subía toda la sangre a la cara, caliente como la bolita del candil bengali, y pasó una saliva blanda que se le hizo en

la boca y se dejó caer en un medio sueño de felicidad.

Mansur seguía examinando a Muley Casimiro.

—¡Ah! ¿Y cómo haces con la barba? ¿No dice el Libro que el cocinero ha de afeitarse en luna nueva?

—Cuando cocino la meto en este saquito que llevo siempre en el bolsillo del chaleco, y es de lino albar pérsico, y así no hay miedo de que caiga pelo en el almíbar, que es donde más sucio hace, que en el arroz se le echa la culpa a quien peló el cordero o la gallina.

—¿Las gallinas en Borsabad tienen pelo?

—¡Vaya! ¡Es un decir! Y para cumplir con el Corán, ¡cada letra tiene su correspondiente estrella en los cielos!, en las lunas nuevas me afeito debajo del mentón diecinueve pelos. Dicho está también: una barba ha de tener por lo menos diecinueve pelos de dos pulgadas para poder pedir enjuicio por daños contra ella.

Mansur encontró a Muley Casimiro muy competente y variado, y Sinbad le pidió al cocinero que bajase al muelle y se apuntase de su mano si sabía escribir, y si no sabía, que no sabía, entonces que el Cangrejo lo nombrase en el «Aviso», con el añadido de «señor repostero de Sinbad». Y el fondista Mansur quiso que mientras no venía noticia de Basora de que tenía que salir Sinbad con la tripulación a hacerse cargo de la nave, que ya estaría botada, que Muley Casimiro quedase en la fonda por sustituto de cocina.

Sinbad dijo que no se oponía, aunque le parecía que era guardar miramientos en que él, el almirante del mar, si Muley hacía algún plato no usado en el país, que podría venir a catarlo, así como probar el caramelo de lechuga, del que nunca oyera, y que sería cristiano de Jerusalén de los reyes Lusiñán, que están casados con una hija de Merlin que se llama Merlusina.

—Sólo una condición pongo: que no haga ni enseñe a hacer a nadie la tarta de boda.

Sonrió malicioso Mansur, que sabía las ensoñadas del viejo piloto.

—¡Vuelan carnes blancas! —dijo guiñando el ojo.

Sinbad se puso serio, sonrió tres aires por ambas narices, y con voz grave y solemne aclaró:

—Digo que no se haga pastel de boda sin estar yo presente, por cuanto hay que fijar el Polo Norte para poner en él el clavel colorado. Hay que tirar un radio de la Polar a la merengada de frutas, y después por triángulos se da con el punto.

Le puso Sinbad la mano derecha en el hombro a Mansur, amistosamente.

—¡Las malicias son los gusanos del malicioso! Figúrate que va Muley con la tarta de bodas por la ribera, que se la mando yo a un piloto amigo que trae mujer nueva de Calicuta o de Manila, y pasa un almirante forastero que entró por agua antes de salir a la mar Mayor, y viendo el clavel en el Polo Norte toma la altura por él, que le parece gracioso, y después resulta que estaba desviado, y va el almirante y embarranca en Irlanda, o se sale del mar en el *Finis Maris*, que lo hay. ¡Vaya fama de burros que nos

echarían a los señores pilotos de Bolanda! ¡Hay que estar en todo, amigo Mansur!

Y Mansur baja la cabeza, y su respeto para Sinbad crece una cuarta. ¡Sinbad está en todo! Y Mansur tiene un pronto de salir corriendo para el muelle y apuntarse en el «Aviso» de Sinbad, que ya sabe que serán muy tristes los días en Bolanda cuando el viejo piloto ande lejos. ¡Ay, todos seremos algo más pobres! Pero Mansur no es dado a melancolías, y ya se alegra imaginando el regreso de Sinbad, rico, cargado de plumas, de capas cortas chinasas, de quitasoles de Malaca, de frutas raras para la merengada de la tarta de bodas...

El que esto escribe, vuestro criado Al Faris Ibn Iaqim al Galizí, seguía por la villa las idas y vueltas de Sinbad en las vísperas de su viaje. Dejara de ir el señor piloto alguna tarde que otra a la tertulia de Mansur, en parte porque acercándose el monzón con ligeras lluvias no había naves, y por ende forasteros, y en parte mayor porque se le pusiera a Sinbad el Marino un súbito gusto de mirar para el mar, pero no para el mar en calma del Golfo, sino para la abierta figura de la alta mar. Y le alquilaba a un tal Firí una burra de leche que tenía, y el viejo Monsaide le adelantara espontáneamente y con lindo gusto unos dineros a Sinbad para compras de apuro en vísperas de embarque, y de estos pagaba el usufructo de la burra, y montando bien trasero en ella por no engordarle la leche al animal, y con la capadril doblada delante de sí, prevenido de ella por si había llovizna, en una mano el roncal y en la otra el catalejo, paseaba dos leguas por la mañana Sinbad hasta el cabo del Este, que es una punta acantilada a derecha e izquierda que se adentra en el mar, y a su pie hay alternos bajíos y oquedad, y el mar ronca y golpea allí, levanta salsa, y en baja ronca y hace corrientes que se cornean entre ellas y se deshacen en espumas blanquísimas. Sinbad no bien llega a lo alto ordeña la burra para el desayuno, y moja en la leche una migada de pan seco, que deja ablandar, y le pone al pacífico animal una suelta de cuero y lo deja que paste en un curro de media pared que hay allí, de cuando el emir de Bolanda tenía en aquella camposa los criaderos de caballos para la guardia montada; desayuna Sinbad con grande calma, y limpia más de tres veces labios y comisuras con la yema del pulgar derecho, y se pone a la sombra de una roca que hace tienda sobre otras dos, y primero contempla el mar con los ojos suyos, el brillo y el horizonte, y el impulso del viento en la flor conduciendo las ondas que blanquean en la frente antes de romper en los escollos. Mira si hay velas en el horizonte y visto que no, se distrae contemplando el ir y venir de las gaviotas y ve pasar los cormoranes desde las peñas donde duermen a sus comederos del Golfo, al mújel y a la faneca. Le sopla el polvo a los cristales del catalejo e inquiere en la línea más lejana del mar hasta que se le ponen manchas oscuras en la visión, y entonces se tumba en la hierba, y cierra los ojos, poniendo al través sobre ellos, como si fuese un paño que los tapase, el anteojito, que, nunca pasó pero lo tiene él en la imaginación, si sucediese algo en el mar, corriese una nave, se mostrase una ballena, se levantara un espejismo, abriese canal en él la luz de modo que se viese una isla que está siete días a estribor, el anteojito, avisando, se le pondría de suyo en el ristre natural para que el gran Sinbad no perdiese el ir de las velas o aquel milagro de luz. Y se dormía el piloto oyendo el mar, confiado en que ya lo despertaría el catalejo.

Para el almuerzo llevaba un poco de pan y algo de vaca u oveja salada, y bebía de una fuentecilla que surtía al pie del cierre del curro, o un poco de leche de burra que le hubiese sobrado del ordeño de por la mañana, y después de correr paseaba por

donde diese bien el viento, para que le consumiese bien las grasas el noreste a el sureste que fuese —y estos son los vientos que traen el monzón. Y cuando creía que ya tenía hecha la digestión, volvía a su atalaya de las rocas, se sentaba, y aseguran que era entonces cuando hablaba con el mar...

Anocheciendo regresaba montado en la burra, con mucha pausa, saludando a los que estaban mondando el trigo o recogiendo los dátiles, y en el patio del Firí volvía a ordeñar la burra, bebía la tibia leche, y lavaba los ojos con una poca que echaba en un plato, y despidiéndose hasta el siguiente día, bajaba a la villa sacudiendo de vez en cuando la capadril, y junto al níspero de su salido lo estaban esperando el viejo Monsaide y Arfe el Viejo, distraídos escuchando la parla de los pájaros chinos.

—¿Qué dice hoy el mar? —le preguntaba Monsaide.

—¡Que los tiempos pasados eran gloria!

Y cuenta Sinbad que ahora, a su parecer, el mar no llena ni la mitad, ni hay vientos que de un mochiquete de pulgar derriben un mayor en una tempestad, y que es verdad lo que decía el difunto piloto sich Abdelkarím al Ormuzí, que el poder del mar lo hace la temeridad de los pilotos.

—¡El mar de ahora, un paseo! —afirmaba Monsaide.

—Te digo, Sinbad amigo, que no sé si me caparían en secreto. Esto me lo dijo el mar a mí, en confianza. ¡Y yo bien comprendo que está esperando para brincar conmigo cuatro tifones levantados!

—Hay que poner la navegación en su mérito —comentó Arfe el Viejo—. Quizá, mi Sinbad, me vaya contigo hasta Calicuta, ¡y te ayudaré a herrar ese potro!

Y los tres pilotos sonreían, y como entonces surgía Venus vespertina por detrás de los limoneros del otero del malik, los señores del mar se levantaban y llevaban la mano al pecho, y en su corazón sentían que la tierra toda era una nave bien marinera que bajaba solemne al Golfo, golpeada del mar...

—¡Sólo Dios es Dios!

Comenzaron a hacerse cotidianas las lluvias, y en la noche crecía el viento. Por todas partes nacían hierbas, y al amanecer se oían en los jardines los malvises, que seguían viaje. Venía lleno el monzón, como todos los años, y la gente de la villa andaba atareada limpiando los aljibes en los que se guardaría el agua, preciosa en los días de sequedad, que son los más en el país de Bolanda. El correr de un hilo de agua por el cristal de una ventana entretiene a un hombre imaginativo una larga hora. Nuestro Sinbad trajo un obrero para que añadiendo tablas hiciera una cama de diez cuartas de largo para el estrellero Ornar Pequeño, que ya estaría al llegar, y a Sari lo tenía la mayor parte del día ocupado en limpiar los faroles de popa, que Sinbad llevaría los suyos, porque según él era ley antigua del mar que los dichos faroles eran en la nave de propiedad particular del capitán. Los de nuestro piloto eran dos faroles de cobre imitando la cabeza de un delfín, y en la misma boca iba el cristal cubriendo las dos mechas.

—Estas cabezas de delfín, Sari amigo, están sacadas del natural por un batihoja del bazar de Aden, muy amigo mío, quien dejó de trabajar unos puños de espada, de oro, para un sobrino de Saladino, por agasajarme con esta obra. Y te fijarás en que no son delfines como los otros, que estos tienen orejas, y no es capricho del artista. Fue que había en Doncala un viejo piloto que amistara, en la carrera del Preste Juan, con un delfín muy humano que andaba tras él como un perrillo, y el delfín quedara viudo y le decía por señas al piloto —cuales fueran no sé, o de rabo, o de salto, o de bufido—, que no tenía otro arrimo amistoso que el de él. Se entendían muy bien el piloto y el delfín, y el marinero llevaba con él en un viaje un nieto que tenía, de cinco a seis años, muy gracioso y feliz con la novedad de ir por el mar adelante tocando una campanilla de plata. A veces el abuelo tenía, en la proa, al nieto en el regazo, y el delfín saltaba hasta llegar con el hocico suyo a las del mascarón, que era un gigante monóculo. ¿Y querrás creer que al delfín le entraron antojos de que también a él lo tomaran en el regazo? Y el piloto doncalés se dejó bajar atado por la cintura por cumplirle el gusto al delfín, pero el bicho lo que quería era que lo subiesen a él a popa y lo tuviesen allí, acunado. Rieron todos, y por la novedad dos marineros se prestaron a izarlo, pero les resbalaba y no lograban subirlo.

—¡Si tuvieras orejas por donde cogerte! —dijo el doncalés, que se llamaba mestre Biruní.

—¡Ya ves que estoy triste, amigo! —contestaba el delfín.

—¡Si tuvieras orejas! —repetía mestre Biruní.

Y pasó entonces que se fue el delfín y en un año no lo volvió a encontrar el piloto de Doncala en su carrera, y lo echaba de menos, aburriéndose en aquel viaje, que es tan solaz, siempre a Oeste de los remolinos, y por las noches llegan a la nave y se posan en el puente y en los mástiles docenas de loritos reales, que los echan sus dueños para que aprendan de nosotros palabras arábigas, *salam, lála, jolocha, cuzcuz, amjí amjí, ascut*, y otras semejantes, que después se pagan más caros los que las saben en las ferias de los negros, y por la mañana los asustan los grumetes y regresan volando a sus jaulas. Andaba mestre Bimní callado, escrutando por dónde asomaría el delfín, y una mañana le pareció que lo oía o veía, y era verdad que volviera, y el delfín traía orejas. ¡No digas que no, Sari! Traía unas orejas como las de esos delfines de cobre que estás limpiando ahora con salpestre, y mestre Biruní bajó a la flor del agua sentado en una tabla de embrear, y agarró a su amigo por las orejas y lo izó, en el regazo puesto, a la proa, y allí estuvo una hora larga meciendo en él, hasta que el delfín dijo que precisaba un respiro de agua y brincó al mar. Y un pintor bizantino que iba a bordo llamado para dorar unos iconos por el Preste Juan, tomó un apunte con carbón mojado en un pergamino, y de ese retrato sacó mi amigo, el batihoja del bazar de Aden, esos dos delfines de mis faroles...

—¿Y de dónde le vinieran las orejas, mi señor? —preguntaba el carpintero que hacía la cama para Ornar Pequeño.

Sinbad se encogió de hombros.

—Nunca me lo dijeron, pero por lo que se hablaba en Doncala por los marineros que navegaron con mestre Biruní, parece que fue cosa de sastre. Un corte y un relleno de lana merina, que no se pudre con el agua del mar. O sería obra de un sombrerero, por lo bien aplicadas.

Abatió la hora mayor del monzón sobre todo el país de Bolanda. El agua corría por las estrechas calles, que eran todas ellas ríos de barro amarillo, y abajo llenaba, como de costumbre, el Iadid, y las claras aguas de otrora eran lodaneras y parduscas. Sinbad le escribiera en letra París al rico señor del Farfistán, y mientras le escribía, el paje Sari con una mano sostuvo la linterna de papel y con la otra le pasaba al señor piloto las pastillas de tinta según el color que este pedía, y antes de pasarlas escupía en ellas, para que Sinbad mojase sin más los pinceles de pelo de tejón. Por no salir con la lluvia en la noche, Sari comía una corteza de pan en las escaleras de Sinbad, y después se tumbaba a dormir en el portal en un haz de paja. Del otro lado de la puerta tenía la compañía de un sapo enamorado que llamaba a la hembra con su flauta: ¡mi do!, ¡mi do!, ¡mi do! En su cámara paseaba Sinbad, y crujían las viejas maderas del piso. Con aquel calor húmedo despertaron todos los ratones del desván. ¡Muchos ruidos te acarician en la noche en una casa vieja y propia! Nuestro piloto asomaba por la ventana la calva cabeza y la dejaba mojar un poco, y cuando ya dentro se secaba, olía la toalla tres o cuatro veces, y se reía. Quien estuviese a su lado le oiría decir:

—¡También si me saliese el pelo rubio! ¡Agua membrillera de Joló!...

Porque para Sinbad en la tierra era como en el mar: nada estaba quieto, todo iba y venía, y los grandes reyes alentadores, los vientos ventoleros. Se golpeaba la barba antes de acostarse y permitía que saliera de ella una ráfaga del sureste de Joló que se colara allí, y la ráfaga iba, muy mansa y bien criada, a matar en el candil la amarilla, vaga luz.

Sinbad, aprovechando que estaban desembarcados los más de los pilotos de Bolanda, como acontecía todos los años por el monzón, los mandaba llamar por turno para saber de ellos cómo andaba ahora el trato de la pimienta, y si seguía rigiendo de Malaca para acá la libra de Calicuta, y de Malaca para allá la libra cantonesa, y si había derecho a cedazo en las Molucas, donde los indígenas echan unas arenas que da cierto árbol y que pasan por pimienta colorada en grano, y había, cuando Sinbad era mozo, marineros que quitaban las tales arenas por cernido, sin hacer caso de los gritos que daban los molucos, y los perros, que allá no tienen ladrido, de oír gritar a sus amos de tal manera, se volvían locos, y se subían a los techos de paja hueca de las cabañas, poniéndose a mear todos a una, creyendo que había fuego y ardía la aldea. De estos perros fue de quienes aprendieron los bandeirantes lusitanos el arte de bombero, en el que llegaron los portugueses a ser tan famosos.

Los más de los pilotos le explican a Sinbad que el trato es con pago sobre barril, que se llena a la vista, y que a las Molucas no se acerca nadie más que al clavo, y que este trato da poco y en aquel mar hay el riesgo de grandes vientos levante, o si no quedadas de más de un mes, chichas calladas y calientes que ablandan la carne de los marineros y se cargan todos de forúnculos. Sinbad dice que él irá a las Molucas sin temor del mar, y que de las calmas chichas se sale por las corrientes, que lo que hay es que saberlas.

—¡Las Molucas son famosas! Y hay mucho señorío chino en el comercio, y las nativas siempre están saliendo del baño y pidiéndoles a los arábigos que las sequen.

Sinbad saca mapa y Sari lo extiende en el suelo, y con la contera de su bastón dice el piloto por dónde caen las Molucas, y se agacha Arfe el Mozo y mismo donde está la Moluca Mayor encuentra un cabello largo y dorado y se lo muestra a Sinbad.

—¿Parece que es rubia del pelo?

Sinbad se pone colorado, cierra los ojos, y afirma tres o cuatro veces con la cabeza. Posa el bastón, y con ambas manos coge el cabello que le ofrece Arfe el Mozo, roza la mejilla en él, suspira, envuelve la hebra de oro en un dedo figurando un anillo, besa allí y cuenta:

—¡Ay, Venadita, Venadita! Pues cómo nunca llegué en todo este tiempo repasando mares a dónde cae la Moluca Mayor, no me di cuenta de que ella me dejara esta memoria de seda. Una sirena de mar llamada Venadita, amigo mío. Se sentaba a mi lado y quería que le enseñase por mapa adonde me vendría a ver. ¡Mira que si llega a venir a darme serenata desde el Iadid! Pequeñita, no había otra, y toda vestida de su cabello dorado, y se sentaba en la arena de la playa —eso si, manteniendo algo de cola en el mar; las sirenas pueden estar en tierra firme a condición de mantener algo de su parte de pez tocando agua—; se sentaba, digo, y todo era probar mi ropa, la pamelita mía, mi capa corta de damasco, mi chilaba de lino

albar, mi camisola de verano... Todo le estaba sobrado, claro es, que fue el encuentro conmigo por cuando yo andaba en las doscientas libras nuestras, que me pesé para ver cuánto pudiera con las patas tuyas el Ave Roe. Pero la niña gozaba con esto y no sabía ser engañadora, y cuando se ponía a cantar, con la cabecita apoyada en mis rodillas y acariciándome los pies, barriendo de ellos las arenas con el suave pelo, de pronto se detenía y me decía:

—¡Ay, Sinbad, no creas nada!

—Y la preciosa me estaba hablando de una isla que hay abajo, donde el que llega, y mientras allí esté, ha de escoger una figura de pájaro o de ave mayor, y yo podría andar de pavo real; en todo es uno el pájaro o ave que elija, y se le da compañera en la familia, y la cocina según el apetito natural, y cuando te cansas y vuelves a la superficie del mar, puedes traer contigo un saco de piedras preciosas ayudado por la sirena... Mi sirena Venadita a veces se echaba a llorar, que decía que no sabía inventar nada más que eso, y que ya tenían dicho las otras que como no sacase otra gracia de países y de canto que no ganaría para un peine de oro. ¿Y qué es una sirena sin peine de oro? Fue habiendo entre nosotros más intimidad, y mucho cariño, y entre las rocas de las Molucas estábamos escondidos al atardecer, pasándonos a besos y otras gracias, y ella siempre probando la ropa mía, y cada día tenía que llevar ropas nuevas de lo mejor, e incluso quiso probar mis bragas, que cabrían tres como ella en cada pernera, y se las metió en la cabeza por la petrina, que entonces se llevaban bragas de meada pronta, que no sé por qué pasó esa moda...

—¡Era una gran comodidad! —dice Mansur—. ¡Yo aún gasto alguna!

—Pues iba diciendo que probó mis bragas, y como por el calor de las Molucas yo andaba con una camiseta que era un medio jubón de seda, quedé con la barriga al aire, y fue cuando Venadita se dio cuenta de que yo tenía ombligo. ¡Mucho se rió! Todos los días tenía que dejarle mirarlo, y metía en él un dedo, ¡y hasta una vez se propasó y me dio un beso allí! Cuando nos despedimos, que vino delante de la nave silbando para enseñarme una corriente que va tres cuartas por debajo de la flor del agua, y yo metiera en los camarotes a toda la tripulación porque no la vieses, a la señora Venadita, me gritaba desde el mar que mucho iba a echar en falta los juegos con mi ombliguito...

—¿Cómo no la trajiste, Sinbad?

—Le regalé un peine de oro, y ya sabes cómo son las mujeres: porque vieses las otras que ya sabía ganarse la vida, quiso quedarse una temporada en aquellas playas. ¡Que no sé qué gracia le tendrá a doña Venadita el ahogar molucos!

Desenvolvió de su dedo Sinbad el dorado cabello y lo posó donde apareciera en el mapa, junto a la Moluca Mayor.

—Aunque no hubiera clavo en las Molucas, Arfe amigo, iría allá. ¡Todos los corazones tienen su gacela!

Se despiden los pilotos, cubren la cabeza con el pañodril, remangan la chilaba, y se van a sus casas corriendo bajo la lluvia, poniendo los pies en los pasos que hay

contra las paredes. Mansur se retarda atando en su dril, y toma a Sinbad del brazo, llevándolo aparte, que no oiga Sari, y le dice al piloto si puede hacerle un pedido de confianza.

—¡Un verdadero amigo es como un espejo, Mansur!

—La cosa es, mi señor Sinbad, que la segunda mía, que es la preferida, siempre me anda diciendo si no sé más novedades en juegos de cama, y que tengo que aprender toda la tabla, que la hay escrita, y que pregunte; pero yo soy comedido y no oso... Pero ¡esto del ombligo, señoría! ¡Ya podrías decirme cómo se juega con el ombligo! ¡Y si quisieras mirarme el mío y decirme con verdad si está bien hecho y lo puedo mostrar a mi segunda!

Sinbad le da unas palmadas a Mansur en la espalda, y le dice que no hay propiamente juegos de ombligo, que para Venadita fuera novedad porque las sirenas no lo tienen, y que en lo que respecta a los pedidos de la segunda esposa, que la ponga a fregar calderos, de rodillas y en una corriente de aire.

Seguía lloviendo y alternaban chaparrones recios con menudas lloviznas. La tierra labrantía bebía hasta que no podía más. Estábamos en la máxima del monzón, y los ojos de las gentes ya comenzaban a levantarse para los cielos, buscando esos claros que aparecen a la hora meridiana anunciando que la fuerza del monzón decae y que el sol quiere ya echarle una ojeada a la tierra, al hermoso país de Bolanda que sale de bajo la lluvia verde y florido.

En casa de Sinbad está Ruz el Oscuro que trae noticia de que se perdieron dos naves de Ormuz saliendo de Goa, y que no se salvó nadie, y traían las naves una carga de seda y bultos de canela, y en una de las naves venía el piloto Al Amim, que era conocido.

—¡Y yo que quería preguntarle dónde se toma la ballena para pasar Puisang! ¡El Señor tenga misericordia!

Ruz el Oscuro nunca oyera hablar de la ballena ni de Puisang.

—Puisang es una orilla de China, donde está el mejor puesto para la piedra jade, si no fuera que no quieren intérpretes porque Kublai Jan les tiene prohibido a sus sujetos que hablen o escuchen lengua extranjera, y el comercio se hace por señas, y te digo que es sin duda más legal. Y para llegar a Puisang hay que tomar una nortada muy larga desde Manila y después entras en un mar que está siempre de fondo y lleva las naves contra la derecha, donde hay unos escollos, y no habría nave que pasase si no fuese por la ballena.

—¿Aquel tu famoso zaratán que parecía una isla, Sinbad?

—¡No, amigo, no! Una ballena cualquiera. Ahora que murió Al Amim, ¡goce el piadoso del Paraíso!, te puedo decir que yo sabía dónde se tomaba la ballena pero no quería usar del arte sin que él me lo dijese, ya que fue el primer árabe que pasó a Puisang, y aunque yo sea Sinbad el Marino y viaje por un príncipe del Farfistán, el respeto es el respeto. En aquel mar de fondo del que te contaba anda mucha ballena al

camarón, y entonces haces dos redadas de este y lo metes en tinas en agua de beleño, que es adormecedora, de familia somnífera, y lo dejas un día o dos, y cuando ya está bien remojado y adormecido, te vas acercando a donde está una ballena grande paciando, y las ballenas allí no se asustan, que no hay vecinos que las cacen, y cuando estás a su lado echas al mar los camarones, y a las ballenas les gusta el olor dulce del beleño; viene la ballena tuya y come aquellas calderadas y al cuarto de hora está dormida; entonces bajan a ella cuatro o seis marineros, la atan a estribor, das el trapo todo y te lanzas adelante, y aunque el mar te eche a los escollos, no le es tan fácil, con el peso de la ballena, y si llegas a los escollos la ballena te sirve de almohada, y siendo hábil, la metes en una aguja de piedra que hay a la salida del paso y la ballena muere: le das remolque hasta Puisang y les vendes la cabeza a los nativos, que hay allí mucha moda de corsés entre las mujeres^[5].

Se levanta Sinbad de su sillón y rebusca en un saco en el que se lee en letras coloradas «Secretos», y viene con un frasco en el que se guarda un polvo negro, y mostrándolo a Ruz el Oscuro, le dice:

—He aquí el beleño. ¡El mar es muy malicioso y hay que sabérselas todas! No te empequeñezco, Ruz amigo, pero hay navegantes y navegantes. El mar a mí la mayoría de las trampas me las hace por juego, por ver dónde salgo, y a ti te lo digo en confianza: el mar no me dejará morir en sus ondas. ¡No es que me lo hubiese dicho así claramente o que me hubiese puesto un oficio! Pero si oyeras la voz solemne y cumplidora que pone cuando a veces me dice, mirándome la barba: ¡Que te conserves, mi Sinbad! Se va a reír cuando me vea otra vez en el trato.

Sinbad lleva a Ruz hasta la ventana, y a través de la mansa lluvia le muestra el Golfo, y están los dos pilotos contemplando el mar, acariciados por los vientos calientes; Sinbad, misterioso, le dice a su compañero:

—¡Ay, Ruz, Ruz, si supieras qué viejo es el mar!

Aún el eco de la alcazaba vieja repetía las palabras del almuédano meridiano cuando se vio un claro de cielo sobre Bolanda. Un rayo de sol bajó hasta la higuera de Sinbad. Ya comenzaba a decaer el monzón, y una gallina calzada bermeja osaba salir a buscar lombrices en el campo de la fuente. Sinbad aprovechó aquella escampada para decirle a Sari que convenía dar un paseo alrededor de la plaza y mirar de paso cómo estaban las canales y las regadas suyas. Salieron amo y paje, y Sinbad iba paseando con gran calma y hablando a media voz con Sari, con largo mondadientes en la boca, y en llegando a delante de la casa de la viuda Alba, Sinbad se detuvo y apoyándose en la blanca pared con la mano derecha suspiró, y poniendo los labios suyos en un hierro de la reja, en la que despertaban dos macetas de claveles; digo que poniendo los labios en el hierro, tras quitar, eso sí, el mondadientes de la boca, casi gritó como plañidera de entierro:

—¡Tristes son los días de las despedidas!

El viento movió las cortinas tras la reja, o quizá no fuese el viento, y Sinbad se puso colorado y apuró el paso hacia su casa, llevando de la mano al paje Sari. Volvía

a llover. Ya en la puerta se volvió y estuvo contemplando largo rato la casa de la viuda.

—Sari, la víspera de embarcar, has de ir a aquella casa y en el portal vacías media libra de agua de rosas.

—Sí, mi amo. ¡Media libra!

Sari, mientras el piloto mayor contempla la casa de la viuda en silencio, se sienta en un saco de lona que está de pie en el portal, y en el que el señor Sinbad, con tinta china verde, ha escrito con letra redonda: REGALOS QUE TRAE PARA DOÑA ALBA VINIENDO DE LAS MOLUCAS EL CASTO SINBAD. Y el saco estaba lleno.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —dijo Sinbad a Sari, leyéndole el letrero—. Y además que así no hay miedo de que se rompan los regalos o se pierdan en un naufragio, y a las Molucas no se llega tan fácilmente. ¡Ni aun yo, Sari querido!

TERCERA PARTE

NAVEGACIONES Y NAUFRAGIOS

... out of the murderous innocence of the sea.

W. B. YEATS

Ya venía la alegre claridad, la gran riqueza de sol y de vientos noroeste del país de Bolanda. Venían el verano y el estío, tiempos alegres y hartos, días agrarios vestidos de canciones. Se veía crecer la hierba en los oteros, y por nada la gente vertía agua a jarros y a cántaros, que había abundancia de este bien de Dios. Aclaraban las aguas del Iadid y en el muelle estaban al fuego las calderas de brea, porque ya llegara el tiempo de ataviar las naves para que los marineros se hiciesen al mar. El mundo era el mismo y era una novedad. ¡Salir por la fresca matinal! Yo, Al Faris Ibn Iaqim al Galizí, cuando hacía examen en Toledo de traductor, y pasaba por cartapacio lengua latino-romana, acariciaba en aquel duro banco mi corazón de ribereño del mar con el último verso de una oda de Horacio, en la que un gran almirante de antaño, que se llamó don Ulises de Ítaca, hablando con sus marineros les dice, y se le ve una mano alegre en el aire, «Cras iterabimus aequor», que se anuestra por: «Nosotros mañana navegaremos al largo»...

Sólo nuestro Sinbad estaba triste en Bolanda, que no lo llamaban de Basora para que se hiciese cargo de la nave escogida, ni le venían cartas del Farfistán.

—¡Ahora están todos allá en la cosecha de las rosas! ¡Quién piensa en cartas!

Esto dijo un persa que venía a comprar un cabrón por cambiar de simiente.

Ni le venían cartas del Farfistán ni aparecía Ornar Pequeño. ¿Fe escribiera a Ornar llamándolo? ¿Y a dónde? ¿Y cuándo conociera él a aquel Ornar? ¡Mira que si no lo hubiese! ¡También si llega a haberlo!

Y ya tenía hecha la cama de diez cuartas. Algún retraso porque los caminos todavía serían lodazales pudiera haber, y no venía a nada el estar tan desasosegado, que quizás al otro día, mañanita temprano, ya estuviesen llamando a la puerta el cartero del Farfistán, que reventara un mulo de la posta, y un mandadero de Basora que llegaba diciendo que aquel mismo día botaban la nao, y también Omar Pequeño, los tres a un tiempo, y Sinbad no les daba atendido y Sari hervía el agua para el té, y nuestro piloto les pediría a los tres que oliesen con calma aquel té de verano que le trajeran la víspera de Cantón...

Y con estas promesas de la imaginación, y con ponerse a reflexionar en que si todos los caminos fuesen en cuesta estarían siempre enjutos y no habría retardos ni tropiezos, ni iría una carroza de respeto a una cuneta apoyada, Sinbad se calmaba y se sentaba a echar cuenta de las cuartas que podría tirar a la derecha para tomar la

barra de lado y virar a sotavento en ella cuando saliese al mar. Se echaba un pañuelo sobre la cara y dormía una siestecita de refresco, y a pesar del paño siempre lo despertaba una mosca en los labios, que los tenía muy cosquillosos, y entonces se levantaba y salía con antejo al corredor, y cata ahí que mirando por encima de los tejados veía moverse los mástiles de una nave, y por la bandera que iba en el mesana, blanca y roja, sabía que era Arfe el Mozo quien desatracaba y se ponía río abajo en los caminos del mar... Y entonces Sinbad dejaba de ver, porque se le llenaban los ojos de lágrimas, unas lágrimas calientes y brillantes con las que pagaba, y bien amargamente, el derecho a guardar para él solo un tesoro de piedras fantásticas, todas ellas con una lucecita dentro, una lucecita perdida en una selva oscura.

La más de la gente es burlona sin caridad. Pero nuestro Sinbad echó una mirada por encima del mundo, y mandó llamar al ciego Abdalá y le dijo que le comenzaba a contar desde aquella misma hora el cargo de vigía, y que por la mañanita siguiente, tan pronto como abriesen puertas, saldrían para Basora a ver cómo estaba la nave, si ya estaba labrada del todo y entonces por qué no la botaban, o si faltaba qué carpinteadado, y que irían los dos con Sari. Aunque es muy sano andar, llevarían la burra de leche del Firí, con lo cual tendrían desayuno ensopado, y fría, con la rosada de la noche, y con una monda de naranja, la leche de burra es un refresco principal, y se puede convidar a cualquiera que se acerque al fuego. De vez en cuando, a hora meridiana, Sinbad cabalgaría algo. Y la paga en mares árabes a los marineros es por semanas, sacando una muesca por cada una en un palo redondo, y las semanas son adelantadas. Sinbad le dio un palito de acacia al ciego Abdalá, quien con su navaja ya abrió la primera suerte.

Como fue dicho fue hecho, y por la mañana temprano, tan pronto como abrieron la Puerta de Tierra, que tiene puente levadizo y cadenas cruzadas, y la guardia la ponen los tenderos del bazar, salió Sinbad con su vigía y su paje camino de Basora, y montó en la burra para subir la cuesta que hay hasta donde dicen Pozos Altos, que es un agua salobre que solo se bebe cuando secan las fuentes de la villa y se agotan los aljibes, y cuando llegaron a lo alto se apeó Sinbad y contempló la villa natal.

—¡Salam! ¡Si pudiera, país mío, meterte en una nave, te llevaría a donde son las aguas floridas!

—¡Más de siete hijos de puta aún estarán durmiendo! —comentó Sari, quien anduviera aquellos días muy abromado por los graciosos de la villa, que le preguntaban si ya regresara de las Molucas.

—¡La paz es de quien la da! —dijo Abdalá, que hablaba mucho por el Libro.

Y los tres se pusieron a caminar por aquellos llanos vecinos del desierto, una campiña de espartaría y avenas locas que aprovechan antes de la seca estival rebaños de ovejas parduzcas guardados por taciturnos pastores yemeníes. Los perros de los pastores los saludaron con ladridos que a Sinbad se le antojaban alegres.

El camino de Bolanda a Basora es largo, y da vueltas alrededor de cumbres rocosas y barrancales, y se mete hacia el mar, que está a la derecha según se va, y cuando ya parece que lo vas a ver, y reconoces en el aire la gaviota, tuerce para tierra adentro por mor de un pozo de agua fresca y un caravanserrallo, y antes de llegar a las huertas de Basora hay que pasar tres días de desierto, y se ven volar buitres. Una noche llegó Sinbad con los suyos a un caravanserrallo que llaman Mistar y es renta del emir de La Meca, y porque ya llevaba seis días que no hablaba más que con sus asistentes, quiso tomar posada dentro, sabido que había dos caravanas de lejos, y también porque quería algo de estofado caliente. Y otro motivo, en verdad, era

porque veía que Sari lo miraba desconfiado y por veces se adelantaba en el camino canturreando, poniéndole de estribillo a las canciones algo así como «somos tres perdidos y en Basora no hay nada»; el paje se volvía irrespetuoso y hablaba de pasar a otro amo y que él le hacía la higa al mar. Imaginaba Sinbad que en la posada habría algún señor, y él se acercaba a tener tertulia, daría noticias que nadie esperaba y sería acogido con gran respeto, porque no dejaría de haber allí quien oyera de Sinbad el Marino, la historia del Ave Roe o el viaje, llevado por la ballena, a las nieves marinas. Ya se dolía Sinbad de haberle dado tantas confianzas a su paje, al fin hijo de una pescantina negra. Y antes de entrar en el caravanserrallo Sinbad montó en la burra, sacó el antejo de la funda y lo metió debajo del brazo izquierdo, y se puso en la boca un mondadientes de cañota de pluma de faisán, largo una cuarta.

Sari fue a atar la burra en la cuadra, que quedaría cerrada, no fuese algún goloso a ordeñarla, y aguardaría a que parase de sudar para darle de beber y un alfojín de cebada. Abdalá salió a lavarse los pies en un pilón en la trasera del serrallo, y, mientras, el señor Sinbad, muy solemne, entró a pedir cámara; se la dieron en el corredor, con alfombra y palangana, y preguntando por una buena cena había oveja con fideo y albondiguillas picantes de gallina, y como aquella era posada de mucho turco y persas, e incluso se veían bizantinos de la seda, también había vino de Nisapur.

—¡Oh, el vino de las noches de mi amigo Ornar Jayam! —dijo Sinbad en voz alta, para que no dejasen de oírlo aunque no quisieran unos señores con espadas que estaban sentados comiendo naranjas. Dos esclavos se las mondaban y ofrecían los gajos en un plato, espolvoreados con azúcar terciado. Otro esclavo tenía en una lanza un farol, que la brisa del véspero meneaba.

Uno de los señores echó ambas manos a su nuca, inclinando la cabeza hacia atrás, y con voz hermosa y clara recitó:

*Hoy triunfo, oro y gloria,
mañana derrota, miseria y confusión.
¡Bebe, pues no sabes de dónde vienes ni a qué!
¡Bebe, pues no sabes a dónde vas, ni a qué!*

Nuestro Sinbad pidió permiso para acercarse, el cual le fue dado por el recitador, y también a él le pasaron el plato con la naranja; con la punta de los dedos cogió el piloto dos gajos y los comió con delicadeza, y guardando el mondadientes dijo quién era, y por como levantaron todos las cabezas y miraron para él se complació en ver que era conocido su nombre, y resultó que los de espada eran perfumistas de Gingiz que iban al aceite de rosas al Farfistán.

—¿Entonces —preguntó Sinbad— por qué llevan espada?

—Llevamos espada —le respondió el más viejo— por permiso del Chanichá de Persia, que como entramos en las grandes casas a vender perfumes de precio para las

mujeres, los eunucos nos meten en un corredor y nos roban, y no hay protesta que valga, que en seguida dicen que queríamos pasar a las mujeres, y así clavamos la espada en la arena del patio y vendemos al pie de ella, y los eunucos no pueden nada, y andan mansos pidiéndonos unas gotitas de lirio secante para las rozaduras de entrepierna.

Les preguntó también Sinbad si conocían a un tal sidi Raxel al Gazuli, caravanero de Asia, que gastaba sombrero picudo, y se dieron todos por muy amigos de él, que aún muchas veces era su fiador y tenía una fonda de verano al lado de una laguna para los huéspedes de confianza. Les contó entonces Sinbad cómo sidi Raxel se hiciera su armador, y que iba a Basora a hacerse cargo de una nave que ya debía de estar botada, y andarían en el embreo y en el cordaje, y también les explicó que llevaba con él a su vigía, que era un ciego, explicándoles cómo fuera el tomarlo, y todos convinieron en que sólo un gran almirante da esos pasos. Y porque Sinbad no recibiera carta de sidi Raxel, aunque le escribiera a la estafeta de la puente Balacrán, les dijo a los perfumistas si querrían llevar con ellos a su paje Sari, que era muy obediente y ganaba sobradamente la comida que se le daba, y gustaba de todo excepto vinagretas. El Sari traería una firma de sidi Raxel para pasar a los tratos, sabido también de qué color quería el farfistaní el gallardete, y que si no le parecía mal que la nave iba a llamarse *Venadita*. Los perfumistas conocieron a Sari, lo encontraron educado y sano, preguntándole a Sinbad, no obstante, si había bubas en el país de Bolanda, y Sinbad les juró que no, que desde la peste del trece, que era tan lejana fecha que ya nadie sabía qué trece fuese, no las hubiera. Entonces dijeron que lo llevaban y que lo tratarían como a pariente, y si ayudaba en los mercados que tendría soldada, y que era cosa de un mes que se lo devolviesen en Basora con las respuestas.

Los perfumistas ya cenaran y no quisieron aceptar la convidada de Sinbad, excepto unas albondiguillas frías. El piloto le dio consejos a Sari, quien volvió a la obediencia muy humilde, porque veía que las mentiras se hacían verdad, y que había armador y que habría nave y trato. De la bolsa sacó Sinbad un soberano de plata y le obsequio con él, pidiéndole que no lo tomara como adelanto sino como regalo, y Sari se echó a llorar y golpeó con la frente por tres veces las rodillas del señor Sinbad.

Hizo el piloto mayor en lo excusado de su cámara las abluciones nocturnas, y dejando la puerta que daba al corredor en pabellón se acostó en la alfombra que figuraba, y todos eran agüeros que le salían a favor de su imaginación, una batalla naval de cristianos y moros, y las naves de los del turbante pasaban por ojo las naves de los de casco, y entre la morería había uno que de verdad se le parecía, muy arrogante con la cimitarra levantada. Se oía el ir y el venir de la gente en el patio, el correr del agua en los caños de los pilones, bramar el camello y relinchar el caballo, ladrar lejos un perro, llamar un príncipe por su criado, reír unas mujeres y gritar una vieja que callasen... Poco a poco fue quedando en paz y silencio el caravanserrallo, hasta que sólo se oía el agua, y debió de despertar el ruiseñor en la enramada de

cinamomo, y asustado quizá de la mudez del mundo se puso a cantar movido y variado, pero pronto, oyéndose, se serenó, como acostumbra, y entonces cantó medido rondas de amor con estribillos trinados.

—¡Todos somos ruiseñores! —se dijo Sinbad, y adormeció.

Aquella vuelta del camino era el fin de la subida. Desde allí se veían Basora y el mar. Primero había, en la falda del monte, emparrados e higueras, y después comenzaban las huertas, que llegaban hasta la ribera, y corriéndose frente al arenal, estaba la ciudad amurallada. El verde hortelano cesaba al pie de los ladrillos rojos de las murallas, y dentro de estas todo era blanco hasta llegar al mar azul. Se apeó Sinbad de la burra y le explicó a Abdalá lo que se veía desde allí, y que a la derecha estaban las llamadas Bocas, la Vieja primero y la Nueva más hacia lo abierto, y que allí eran los astilleros y las atarazanas del malik, que bien se señalaban por la torre almenada. Los muelles estaban para arriba y para abajo de ambas Bocas. Sacó el anteojo Sinbad, miró y dijo que se veían mástiles.

—¡Mira que si ya estuviese nuestra nave encordada!

Bajaron despacio, que no tenía prisa Sinbad.

—Falta media hora para el cañón serótino, y si apuramos quizá lleguemos antes de que cerrasen todas las puertas, pero mejor es que durmamos hoy fuera, en un bosquecillo de higueras que tenga fuente, y mañana temprano, vestidos de lo mejor, la barba redondeada, bañada la burra, entremos por la Puerta Mayor y la Calle Mediana y nos acercamos a los astilleros, sin prisa, como ricos confiados. Y a los que pregunten por la burra se les dice que yo venía en yegua ruana, pero que le dio un torzón y la dejamos en casa del albéitar, y que la burra no es montura mía, sino obligación de una dieta que traigo, motivada a que las aguas calizas del camino me descomponen.

—¿Y si está la nave, mi Sinbad?

—Alquilamos dos marineros pobres para llevarla a Bolanda.

—Cuando lleguemos allá —dijo Abdalá con una voz cálida y soberbia, desusada en un ciego de pedir como él—, cuando lleguemos allá, tienes que dejarme darle con la mano a *Venadita* en la espalda y decirle llorando: ¡Ahí tienen el Iadid!

Y Abdalá pasó de la voz de mando a una larga lloriquera con hipadas, que digo yo que sería alegría y no dolor.

Delante iba Sinbad el Marino, y cogido a una punta de su capadril, que fuera el tapado que le pareciera más de piloto, iba Abdalá llevando del roncal la burra de leche. Sinbad iba de anteojos de larga vista y mondadientes, y la chilaba recogida por las rodillas, para que se le vieran las vendas de cuero de Ubrique en las piernas. Del cinto le caía un puñal damasquinado, que en la punta de la vaina tenía una aguja de marear, en una cajita de cristal. Caminaban por el medio y medio de la calle, y si alguien los miraba, aunque fuese un desharrapado, Sinbad lo saludaba inclinando la cabeza o moviendo el anteojos. Dieron la vuelta por la salida del bazar y bajaron al muelle de las atarazanas del malik, donde los paró un guardia de lanza que hacía su té al abrigo de un castillo de madera de roble.

—Si quieres decirme a quién buscas, ilustre forastero, puedo darte las señas, y si no me lo dices no puedo dejarte pasar. Yo no lo dispuse, que soy criado mandado.

—Yo, señor lancero real, soy el que fue piloto mayor del califa de Bagdad, conocido por Sinbad el Marino, y tú eres muy joven y de tierra adentro para que mi nombre famoso te diga algo. Busco un astillero donde por encargo de un rico señor del Farfistán, mi armador ahora, estarán haciendo dos naves y una que llamo *Venadita* la voy a llevar al mar.

—¿Dónde estarán haciendo dos naves? —se preguntaba el lancero, que era alto, bigotudo, abierto de piernas y algo tartamudo.

—¿No lo sabes, señor soldado?

—Señor piloto, no lo sé. Y no sabiéndolo, no puedo dejarte pasar.

—¿Y qué puede hacer un hombre en este caso?

—Si quieres —le dijo el soldado a Sinbad—, subes a ese castillo de tablas y, pam, pam, me vas diciendo lo que ves y yo te digo cómo se llama, y si aciertas con el astillero, vemos tus papeles, y el próximo viernes te dejo ir al cabo de guardia.

¡Hasta el viernes faltaban cuatro días! Sinbad se quitó la capadril, y posó en las manos de Abdalá el anteojos y el mondadientes, y se dispuso a subir al castillo de tablas, que no era fácil, que estaban igualadas al trinquete. Le estorbaba a Sinbad la barriga, pero calzando allí e impulsándose allí, sin más daño que un chichón en la frente y un rasgado en la blusa, llegó a la cumbre, y cuando estuvo allí se dio cuenta de que dejara el anteojos abajo, y tuvo que desenfajarse para que el soldado lo atase en la punta de la faja roja y así izarlo. Alcanzando el anteojos, Sinbad se enfajó, que le caían bragas y zaragüelles, y sopladitos los cristales se puso a mirar. Y en un nada estuvo que llorase, que delante de él, y por encima de los muelles, iba una muralla, torreada cada veinte pasos, y sólo por la banda del Sur se veía un trozo de ribera y el mar, y en la ribera carpinteaban en unas lanchas, y de navíos solamente se veían palos más allá de la cerca de las atarazanas. ¡Dios sabe dónde estarían las naves que mandara labrar el señor del Farfistán!

Bajó Sinbad más entristecido que irritado, y pensando si tendría en Basora algún conocido, o en ir al caid, que quizá tuviese memoria leída u oída de él.

—Señor Sinbad —le dijo el soldado—, sabrás que ahora vinieron pilotos nuevos a Basora que están poniendo el timón por rueda, y el gobernador del califa manda que nadie entre en los astilleros.

El soldado abría su mano derecha ante Sinbad y con la izquierda rascaba la nariz. Sinbad entendió la seña y buscó en la bolsa, sin que hiciesen mucho ruido los diecisiete soberanos que le quedarían del préstamo de Monsaide, que no hay que alarmar con dineros en país extranjero, y mientras encontraba una media pieza de plata, se decía a sí mismo cuantas leguas no hay de distancia entre él, que viene soñando, y aquel lanza de bigotes, que más que cuartos, ¡Alá es el guardador de los pobres!, le roba la alegría, la alegre facilidad de llegar con Abdalá y con la burra de leche a los astilleros, y subir a la nave, y andarla toda, y escupir desde popa a sotavento como si ya estuviese en el mar Mayor. Aunque no hubiese sotavento. Dio la media pieza Sinbad, la chinchó el soldado, y después de guardarla dentro de la polaina, se sentó y pidió a los otros que se sentaran con él y tomaron un poco de té, y que en el suyo le dejaran ordeñar algo de leche de burra. Se sentaron Sinbad y Abdalá en unos grandes troncos de nogal, y el guarda les preguntó si traían colador para la leche, que no fueran a ir pelos. Sinbad le dijo que él no colaba, que le gustaba la espuma, y al otro la espuma le daba asco. Sinbad apretaba las rodillas con las trémulas manos, y tenía una bola seca en la garganta que no le dejaba hablar ni tragar saliva. El soldado ordeñó la burra en su taza de té, sopló la espuma, probó, encontró la mixtura dulce, echó más té y bebió goloso.

—¡Una leche muy sumisa! —comentó, y le pasó la taza a Sinbad, quien dijo que a aquella hora no le apetecía nada.

El soldado cogió la lanza y arrimándose a la garita le dijo a Sinbad que la media pieza no la diera en balde, que lo mejor era que estuviesen escondidos un poco más abajo, donde había más pilas de madera, y que reposaran hasta el anochecer, que al cañón vendría una mujer suya a traerle la merienda, y él dejaría a la mujer de puesto y los pasaba a donde estaban los astilleros que no eran del califa, y había allí un guardallaves que era turco, y sin embargo muy imparcial, y ese, con una pieza entera de propina, les dejaría entrar; si había tal nave *Venadita* también podían subir, y probado que Sinbad era el piloto esperado, salir al mar callandito, y los marineros que precisase, esos los había media legua afuera, en las almadrabas.

Abdalá durmió, pero el señor Sinbad no pudo. Aquella tarde no se acababa nunca, y parecía que el sol fuera cogido en una calma chicha. No tenía el piloto hambre ni sed, y por dentro del magín estaba vacío de todo, sin nombres, sin fábulas, sin vientos, sin recuerdos. No podía sacar ni dos palabras juntas del porrón suyo, otrora tan fácil vertedor. ¡Ay, mi Sinbad, qué bajo caíste! Lloró callado y sorbió las lágrimas amargas. Y menos mal si había nao, que Abdalá no diría nada de aquel sofoco, de

aquella siesta triste de Basora. Si había nao daría todo por bien sufrido, y se pondría a la sombra de la popa suya en el astillero y no se movería de allí hasta que llegase Sari con la patente del rico señor del Farfistán, en pergamino perfumado; carta de ese farfistaní de cuyo nombre ya no hacía ahora memoria, de ese señor que ya no sabía si era o no del Farfistán. Debía tener fiebre, y sentía cómo le engordaba la sangre en las venas, y le faltaba aire, aunque por entre las pilas de madera pasaba alegre el nordeste silbador. ¡Quién encontrara este viento en el mar, pies ligeros! Se mareaba a bordo de aquel sopor que le entrara, y comprendía que de un momento a otro le podía estallar la cabeza, que le subían a ella grumos calientes que le privaban de la vista, y quiso gritar por Abdalá, que dormitaba a su lado, y no pudo, y entonces sonó el cañón... ¡El cañón! Y salió Sinbad a la vida. Le entró una gran risa a nuestro señor, se levantó de un brinco, se puso la capadril, miró el Norte en la aguja que llevaba en el puñal. También se levantó Abdalá. La burra de leche seguía paciando arenarias, y ni alzó las orejas a la seña vespertina. Sinbad velaba por entre las pilas de madera la llegada del lanza. Pasó casi un cuarto de hora antes de que llegase.

—¡Vamos pronto, señor piloto, que hasta la mujer mía no puede estar hoy más de media hora en mi puesto, que una cabra que tenemos está pariendo!

Sinbad tomó de la mano a su vigía Abdalá y siguieron al lanza por una calle ancha entre murallas, muy bien calzada de chapacuña, y lo que más le extrañaba a Sinbad era que no encontraban a nadie en ella, y la calle era larga, larga, larga... Torció el soldado a la izquierda, por un atrio cubierto, y dieron con un portillo, en el que golpeó con la seña acordada, primero tres golpes y después dos.

Tardaban en contestar.

—¡Ese turco siempre está regando el cebollín!

Y estaría, porque aún tardó otro rato en asomarse; abriendo la puerta, apareció con una regadera en la mano.

—¡Un piloto bien gordo! —comentó al ver a Sinbad—. ¿Traes la seña?

Sinbad ya traía el soberano en la mano y se lo tiró sin respeto ninguno dentro de la regadera. Cantó alegre en el latón.

—¿Por qué naves preguntas?

El turco era un jorobeta barbudo, los ojos rojos, limpio de cejas, los brazos largos, y algo tenía torcido, fuera de sitio, en el rostro suyo afilado, que al pronto no se sabía lo que era, y después se veía que tenía la nariz calcada hacia la izquierda.

—Por unas —dijo Sinbad muy solemne— que traigo en esta carta pintadas. Las mandó labrar un rico señor del Farfistán.

El turco miraba y remiraba las figuras de las naves que venían pintadas en una esquina de la carta. Les midió la escala con el pulgar derecho.

—¿Y qué hace este en la popa?

—Es un tocador de rabel —respondió Sinbad.

—Esperad, que voy a ver si hay estas palomas.

—¡Date prisa, mi turco, que me está pariendo una cabra! —lo animó el lanza.

Sinbad pasó un brazo por los hombros de Abdalá. Temblaba como una vara verde. ¿Qué dice el Libro, señor Alá, profeta Mahoma, de los sueños que se escurren cada día del corazón del hombre? ¿Entraremos en el Paraíso con nuestros sueños? ¿Para qué se nos dan si no son vida? ¿No podremos siquiera dormir en el Paraíso, vacíos, la alforja vacía, la boca vacía? Aquellos grumos calientes volvían a la cabeza de Sinbad, y golpeaban en ella por dentro, como si alguien estuviese jugando al cuarenta y tres con dados y tirado presto.

Volvía el turco, que no soltaba la regadera, y traía en la mano izquierda unos hilos de alambre trenzado, amarillos.

—Esa nave del tocador de rabel la hubo. ¡Aún estaban estos trozos de segunda cantante entre las virutas! Por cierto que al cogerlas me manché en una cagada de ratón. ¡Ya me podías dar algo más para jabón crudo!

El turco le metía a Abdalá en las manos los trozos de cuerda segunda.

—¿Dónde va *Venadita*, mi nave? —preguntaba llorando Sinbad.

—¡Y yo qué sé! ¡La hubo!

—¿Quién la llevó? ¿Por qué no me esperó? —gritaba Sinbad, loco.

—¡Quién lo sabe! ¡Eres bien terco, coño!

Dijo el turco, y cerró la puerta en las narices de nuestro señor Sinbad, piloto mayor que fuera del príncipe califa de Bagdad.

Y Sinbad cayó. Cayó al suelo. Ahora sí que le estallara de verdad la cabeza. Le estallara por la parte más débil: por los ojos, por las rendijas que año tras año le fueran abriendo en los ojos los resplandores del mar.

—¡Vaya compromiso! —dijo el lancero—. ¡Haz lo que puedas, buen ciego! Yo te echaría una mano, pero tiene que irse la mujer mía. Tú que tienes una burra de leche ya sabes lo que es el parto de un animal en una casa de pobre.

Y se iba, pero cuando ya llevaba andados diez pasos contados, se volvió y en la mano de Abdalá puso la media pieza de plata que le diera Sinbad.

—¡Un hombre no es un perro! —dijo, y echó a correr.

Horas pasaron y pasaron. Abdalá oía el ronquido sordo de Sinbad, que no daba a pie ni a mano. Pasó así la noche, y ya contra el claror del día el alentar del piloto se fue haciendo a más, y suspiró tres veces seguidas. El ciego le palmeó en la cara, para que despertase. Sinbad salía llorando de aquellas tinieblas tristes.

—¡No hay *Venadita*, mi vigía!

Prendía algo en el habla y le salían las palabras envueltas en saliva.

—¡Ay, nostramo, vámonos para Bolanda!

—¡No veo nada, Abdalá!

—¡Yo tampoco, señoría del mar!

Abdalá le ayudó a Sinbad a levantarse, y juntando fuerzas pudo izarlo y sentarlo en la burra.

La bestia rebuznó inquieta y Abdalá se bajó y le tocó las tetas.

—¿Quién va a ordeñar sin ver? —preguntó el ciego.

—¡Habrá que mamar! ¡Estríbame bien atrás, no le vaya a engordar en demasía la leche a la pobre!

La burra supo salir de las atarazanas y tomar el camino de Bolanda.

—¡Despacio, prenda! —le gritaba Abdalá, cogido del rabo.

El ciego Abdalá guía al ciego Sinbad desde la casa del señor piloto hasta la fonda. Porque Sinbad no sabe subir, cegato, por la escalera de mano, la tertulia se hace ahora abajo, en la solana de las mujeres, hasta que Mansur termine una escalera puesta de grados iguales que lleve cómodo desde el patio a la terraza. Sinbad se olvidó de las voces y de los nombres de los pilotos amigos suyos, y para él todos son forasteros que vienen a hacerle una visita. Se habla del mar delante de él por ver cómo va de memoria y si vuelve del pámulis que debió tener en la cabeza, y Sinbad no dice nada. Lo que más le distrae es que le traigan telas variadas y las pongan a su lado, y las va acariciando y dice las calidades sin equivocarse: si pana, si sarga, si satinado, si seda cruda, si popelín... También le distrae mucho el oír pájaros. A veces, cuando parece que está más tranquilo, se levanta y pregunta a gritos si oyeron el cañón.

Bolanda sigue siendo la ribera del cantor ludid. Digo yo, el relator, que en Bolanda había tres aguas que agradecer a Dios: el río, las lluvias calientes del monzón y las palabras fantásticas del señor Sinbad el Marino. Estas aún las escucho verter de jarro a vaso, de fuente a jarro, en la memoria mía. En el muelle, en el soportal del Congrio, nadie osó quitar el aviso de Sinbad. Cuelga de un clavo de cabeza doble, y lo abanicán los vientos, los del monzón y los de después del monzón.

Arfe el Mozo compró una nave en Ormuz y le puso «Venadita». Iba a decirle a Sinbad que había una nave Venadita en el mar, pero el viejo Monsaide no se lo permitió.

—¿Quieres hacer fuego con ceniza, oh Arfe amigo? Arfe el Mozo avivó con el hierro en las brasas de la estufa, y miró para ellas, flores rojas de las que salían pequeñas llamas azules.

—¡Tienes razón! ¡Que tenga paz!

FIN

APÉNDICES

Plática de mares arábigos que hizo Sinbad el marino en Chipre a los pilotos griegos, según fue recogida por Teotikes Papadópulos de Esmirma

Señores:

Los mares arábigos tienen forma de higo verdeal, y el rabo del higo lo simula el Golfo, y el higo está acostado con el eje N.N.W. a S.S.E., que es la isla de Java. La isla de Java no se encontró antes de los arábigos, porque juntándose en sus riberas el culo de los mares árabes índicos con la cabeza de los mares de los chinos, se hace allí mismo una gran barra que en las llenas —que es cuando se puede pasar la barra con las corrientes del Norte— mete mucho mar por debajo de tierra, buscando por capas unas aguas someter a las otras, y con este levantan entre las dos mareas a Java en el aire, y muchos pasaron por debajo creyendo que era una nube negra y era Java. Hasta que llegó Mustafá al Ormuzí y estudió el fenómeno por anteojo, y por empírico amarró en una roca del cabo oeste de Java y esperó a que vinieran las mareas agustinas, que son las que más fácilmente ponen la isla de Java en el aire, y la isla se levantó y la nave de Mustafá estuvo colgada de ella casi una hora, y pudo ver cómo es por debajo, que son unas peñas coloradas llenas de cangrejos, y quedan paredes de casas que hubo allí, que no se sabe quién las haría. Ahora se opina en Bolanda que pudieron ser los antípodos, que los habrá.

El Sur propio de los mares arábigos es el mar de Melinde, más allá de las Cotovías. Todos estos lugares están en polémica, si los hay o no los hay, que la ciencia dice que estando cuesta abajo como deben estar, caerían en las cataratas del finismaris. Yo soy del bando de los que sostienen que existen las Cotovías y Melinde, y aunque me tengan probado que estuve en las primeras por espejismo, y la figura luminosa pueda corresponder no con país que hay, sino que podía estar leyendo con lupa un cualquiera libro con láminas, y dar la lámina en la luz mayor de la lupa, y esta desviarla a una punta del arco-iris, por ejemplo, y como si la bebiese por paja, subir la imagen por todo el arco y caer otra vez en el mar; digo que aunque esto fuese, la lámina correspondería a unas islas verdaderas. Todo lo que se puede decir de las Cotovías es que no se sabe dónde posan, pero haber las hay. Melinde es un reino en lo bajo del mar, y está puesto cuesta arriba mismo delante de la caída del mar, y las naves de Melinde salen del país dejándose caer por un canal de madera de roble, muy engrasado, y con el impulso remontan la cuesta marina; entrar en Melinde es más fácil y todo depende de la puntería en tomar el canal dicho. Los griegos podrían comprar en Melinde oro en papel, chirimoyas muy sabrosas, ojos de cristal y enanos negros, para el teñido. Estos enanos, echados en una colada, tiñen de negro toda la ropa que se moje con ellos; estos enanos van aclarando poco a poco, pero se trae otro

negro y se cuece con ellos, y toman de nuevo la tinta. En Melinde hay estudios de náutica por geometría, y allí cuadra el círculo y duplica el cubo, y en ninguna otra escuela tan aproximado.

Gutor, Babarón y Trapobana son tres islas que no hay, y están entre Bengala y la isla de Java. Gutor nunca se vio, y no se sabe quién lo bautizó, pero a ochenta leguas de Canbetún hay que dar una virada a Sureste para pasarla, y los que se ríen de nosotros, los señores pilotos de Arabia, por hacer esta reverencia, no se dan cuenta de que no habrá isla, pero hay el nombre y la erre en que remata este es rasgueada, y podría uno no chocar contra la isla, pero puede embestir contra el nombre, que eso nadie lo niega.

Babarón es como si no la hubiese que es una isla que está escondida. Se escondió por gusto en una bahía bengali, por jugar con el primer piloto de los árabes, sidi Abdalá Altanabi, y cayó su escondite en la salida de un río vicioso de algas y herbazas, y crecieron alrededor de la isla hiedras y junqueras, hasta ceñirla del todo, y ahora está allí presa y no puede volver a su asiento. Bastarían diez hombres con hoces para soltarla, con sólo segar una mañana, pero nadie osa hacerlo, que bajando la isla a Malaca haría reverter el mar, y muchas ciudades y villas que ahora hay quedarían bajo las aguas. Pero, eso sí, a Babarón también se le respeta el nombre en el mapa, y cada siete años, para interrumpir la posesión, los pilotos tenemos que ensayar que llegamos a Babarón y traficamos. Se hace una feria en el mar y se tiran cohetes por los chinos.

Trapobana no es que verdaderamente no la haya; lo que pasa es que es navegante, y hoy está aquí y mañana allá, y si vas con tu nave y ella está fuera de su sitio de mapa, se aparta, tan presto que las más de las veces ni se alcanza a verla, excepto que sea por la noche, que da luces. No incomoda nada en el mar la isla Trapobana. Pero si vas con tu nave y te metes donde dice el mapa que cae, viene ella y se pone en su sitio, y entonces embarrancas, y ya se han dado casos de naves que iban tan metidas en el asiento de Trapobana, y la isla no las viera porque, verbigracia, había bruma temprana, que viniendo Trapobana a sentarse rápidamente al darse cuenta, aparecieron las naves en las cumbres de los montes, o en la plaza de una ciudad, o en un arrozal, y entonces el rey de Trapobana se queda con todo lo que lleva la nave y manda azotar al piloto. Así que hay que navegar entre Columbo y Malaca como si la isla Trapobana estuviese en lo suyo con un farol encendido.

Otro país que no hay es la isla Novena, que cae en el mar de China, al naciente. Dicen que fue una nube que iba baja y mojó en el mar, y mojando, cargada de agua salada, no pudo remontar. Entonces, mientras quedó deshumedándose, le fueron naciendo corales en la panza, y ahora por lo pesada no iza, y sólo se abana un poco. Alguna semilla que voló y polvo de las llanuras chinas cayeron en ella, y hay ahora alguna hierba, y lúpulo como en tejado holandés, y musgo mucho, que hace prados. Yendo al trato moluco se la pasa por el Sur, y es muy hermosa, blancuzca, con las manos verdes de las musganzas, y cuando al amanecer o anocheando le da el sol

escorado, entonces arrubia.

Y se cuenta que más de uno que no fue a escuelas arábigas, donde se enseña que no es tierra la isla Novena, pensó haber dado, en el alba de un día de fortuna, con la isla Rubí —que tampoco la hay, dicho sea de paso—, y saltó a la tierra que no era y ahondó en la nube, y por la nubada cayó al agua y no se volvió a saber de él. Cada año se mueve la isla Novena un sexto de legua de su sitio. Siguiendo así, y no tropezando con tierra, el año dos mil ciento treinta y seis estará delante de Tarragona.

Los mares arábigos piden conversación, y les es igual cualquier lengua. ¡Ni que tuviesen diccionarios! En las más de las naves arábigas hay en el mayor un cesto, en el que uno va leyendo historias en voz alta durante todo el viaje, y hay que tener mucho cuidado que en la historia que se lee no salga un mar del que se diga una broma, o un mote, o que por levantar caprichoso una oleada perdió una galera en la que iba un mozo muy apreciado, que entonces los otros mares comienzan a darle con los codos al aludido, y se arman grandes batallas entre ellos, y se sueltan los vientos, que son como los perros lebreles de los mares, y más de una nave se tiene perdida por leerse en su cesto algo que no se debiera, y si salva siempre le queda la enemiga de aquel mar. Lo mejor es leer de religión, de capadura de camellos, de cocina de gallina y de clases de maderas, y de modas de sombreros y de eunucos. ¡Mucha gracia le hacen al mar los eunucos!

El mejor tiempo de andar en el mar es tras el monzón, cuando las aguas tiran a verde y vienen del Oeste las aves que huyeron de las lluvias. Los mares están tumbados al sol, cantando bajito. Reconocen los turbantes de los gloriosos pilotos de Alá y les mandan una ola espumosa de saludo a los valerosos que vuelven a las atrevidas navegaciones. Yo siempre llevo algún regalo al mar, ya sea una fruta, o una pabela de paja rizada, o la pechuga de un faisán, o un clavillo de plata con el nombre de mi nave en la cabeza... Lo que no le gusta nada al mar es que lave en él sus pies el piloto. Le parece demasiada intimidad. En el mar siempre hay que estar como en visita.

**Escenas segunda y vigésimoquinta de la
pieza de teatro chino llamada «La dama
que engañada por un demonio elegante
quiso comprarle al viento la perdiz que
hablaba o La verdadera historia de un
mandarín que por no gastar quedó
cornudo»**

(Anónimo cantonés del siglo XIV)

ESCENA SEGUNDA

El Demonio Elegante, Dama Flor de Durazno

La escena se desarrolla en el patio de las esposas, en la casa del mandarín Tu Fu. Hay un jardín de trampa con rocas y bambúes, y un naranjo enano con tres naranjas.

DEMONIO. —¡Ya me tardaba quitarme las ropas de mujer!

DAMA. —¡Te sentaba muy bien la camisa verde! ¡Creí que venías en cueros debajo!

DEMONIO. —¡Eso sería propasarme! Ya sabía que me tenía que mudar delante de ti.

DAMA. —Un demonio no es un hombre.

DEMONIO. —¡Piensa que yo soy un demonio enamorado! ¡Sueño contigo!

DAMA. —¿Soñáis los demonios?

DEMONIO. —¡Ay, si te lo dijese!

DAMA. —¡No me calles nada!

DEMONIO. —Mira, si sólo soñamos siete veces con algo, esto nunca se cumple; pero si pasamos de siete y llegamos a doce, entonces todo pasa como fue soñado.

DAMA. —¡Yo soy la casta esposa de Tu Fu! Una conversación o un baile, eso no corona a un marido.

DEMONIO. —Si sueño doce veces que me meto en tu cama, caíste.

DAMA. —Pon una vela encendida entre ti y tu sueño. Es lo que hace la gente educada.

DEMONIO. —Con nosotros no rige.

DAMA. —Por mucho que sueñes, yo no te dejo levantarme el faldellín.

DEMONIO. —¡Ay, las caricias de un demonio son parecidas a pasar volando por entre ramas de cerezos en flor! ¡Aún me has de pedir un segundo repaso!

DAMA. —¡Quiero ser fiel a Tu Fu!

DEMONIO. —¡Como sueña yo doce veces, no hay quien te libre!

DAMA. —¿No hay?

DEMONIO. —¡Como no haber! Para eso tenía que comprarle al viento tu marido la perdiz que habla.

DAMA. —La compro yo.

DEMONIO. —No vale. Tiene que ser tu marido, con dineros suyos. Amén de librarlo de los cuernos, es una distracción muy grande, que la perdiz es letrada. Pones la perdiz en la cama, y yo no puedo entrar, que me denuncia a gritos. Y yo aburrido me voy y paso a otra casa, y allí me pongo a soñar con otra.

DAMA. —Pero yo pierdo estas conversaciones contigo.

DEMONIO. —Mis conversaciones ya sabes en lo que acaban.

DAMA. —¡Ay, matrimonial castidad, qué cara me cuestras!

DEMONIO. —¡Ya podías apearte de tanta virtud!

DAMA. —¡Ay, quiero mortificarme! Mi temperamento agradece las espinas.

DEMONIO. —Yo soy muy blando para los dolores. Y para todo. No duermo bien si se me arruga la sábana de abajo. Soy un delicado crisantemo del final del verano. ¿Podré ponerme en tu boca a esperar el rocío de la mañana?

DAMA. —¡Qué bien hablas!

DEMONIO. —Perfumaré con palabras de amor tus desmayos. ¡No le digas a Tu Fu que compre la perdiz! ¡Déjame ser tu gallito cantonés!

DAMA. —¡No y mil veces no! Quiero llegar a ser una viuda meritísima, con título escrito. ¡La parlanchína perdiz guardará mi lecho nupcial! ¡Vete, encantador! Ya que no sabes ser continente, me apartaré de ti. ¡Ay, ay!, ¿dónde encontraré un amor cortés que se contente con ver que lloro?

Se va, tapándose la cara con la punta del mantón. El demonio se viste con ropas de mujer.

DEMONIO. —¡Cien pesos cuesta la perdiz del viento! ¡O perdiz o cuernos, sabio Tu Fu!

TELÓN

ESCENA VICÉSIMOQUINTA

El sabio Tu Fu, solo

La escena pasa en la cámara de té del mandarín. El sabio erudito habla con los doscientos volúmenes de moral de su biblioteca.

TU FU. —Porque, amigos míos, ¿qué es un rico? La riqueza es una calidad del espíritu, un estado de ánimo. ¿Rico yo? ¿Puedo gastar cien pesos en una perdiz? Para comerla, aunque fuese frita y rellena de semilla de melón, sería un inmenso despilfarro. Habla, dicen. Tripas incultas, que vienen del monte, ¿de qué podrían hablar con un letrado que aprobó los exámenes? Grita si la mujer te va a poner los cuernos. ¡Ah, qué guardián que dice a todos tu deshonra! Si yo compro la perdiz, teniendo dos mujeres jóvenes y siendo yo viejo, todos dirán que la compré por quitarme de cornamentas. ¿Y ya eso no son cuernos, ilustres compañeros? ¡Humana fragilidad, que se hace cristal en la mujer! ¡Quedo sin cien pesos y paso igual por cornudo! ¡Cien pesos! Al veinte por ciento son doscientos pesos en cinco años. ¡Cuatrocientos pesos en diez años! Y en diez años ya envejecieron las esposas, ya nadie viene a turbar los ocios de un hombre sabio. ¡Así suelta uno cien pesos! ¿Y qué es un cornudo? ¿Hay una definición legal? Y van viejas las esposas, y ya se cansó el demonio, y ya no hay temor de deshonra, ¿y qué se hace con la perdiz? ¿Se la vendo a un amigo? ¿No será tanto como llamarle lo que yo no quise ser? ¿Comerla? ¡Correosa perdiz de diez años, que no cuece ni toma las finas hierbas! [*Abre una caja y saca de ella un saquito, y cuenta cien pesos, que pone en una pila*].

¡Cien pesos! ¡Cien redondos pesos contantes! ¡Tirarlos en una perdiz por un escrúpulo de mujer!

TELÓN

Retrato de la viuda Alba

La viuda Alba lo era del que fue cantor del difunto malik Jach Hussein al Islam, en su retiro de Bolanda. Este Hussein era muy amigo de conciertos vocales y dormía mal si antes no sentía un poco de canto. Se le murió el tiple que tenía en Basora, que era un cojo en sol sostenido, y hubo que hacer otro, para lo cual, y por mejorar de sueldo, se ofreció el marido de Alba, un quwaimí llamado Salam Sabal, que era barítono primero y laúd de serenatas en jardín. Salam Sabal exigió capador de Bagdad que fuese titulado y que supiese hacer la obra a dedo limpio, que se le ponía la carne de gallina sólo con pensar en el raspado con la cuchara de plomo. Vino el bagdalí y lo castró felizmente, pero Salam Sabal no logró pasar a tiple como esperaba. Con la pérdida habida, las burlas que le hacían, el enojo de que Alba no fuera avisada, y el disgusto por no salir mezzosoprano, entristó, se le aburrió el estómago, comenzó a sentarle mal la escarola, y finalmente se murió de una fiebre matutina. El malik, cuando supo el sacrificio de Salam Sabal por su capilla de música, le regaló a la viuda una casa en la plaza de la fuente, en Bolanda, y le apuntó una renta de por vida sobre el trato de la cebolla para las naves.

Veinte años tenía Alba cuando quedó viuda del castrado Salam Sabal, y se retiró a la casa llorando. Alba no era del país, que viniera de Kuzmirí con un mercader de requesones. Salam Sabal la conoció despachando los viernes delante de la Mezquita, y se enamoró de aquellos grandes ojos y de los blancos brazos desnudos desde el codo, y de las finas manos, que salaban el requesón tan graciosamente o derramaban la miel. Salam hizo la declaración por música y pequeñas monedas de oro, y metiendo empeños con el requesonero, que era un viejo arisco y quería la moza para un sobrino suyo que tenía tienda de alfileres y hebillas en Basora. Al fin, con la promesa del monopolio del requesón en Bolanda, accedió a que Alba se casase con Salam Sabal. El matrimonio fue muy feliz y el marido nunca pasaba a trato con la esposa sin antes salir al patio a tocar dos piezas. Alba se asomaba a la ventana, sin velo, y rociaba a Salam con agua de rosas. A veces soltaba una paloma. Salam quería tener luces en la cámara, por ver tanta belleza y la espléndida blancura, pero nunca consiguió que Alba se quitase la toca y extendiese el negro cabello sobre la almohada. Salam con Alba desnuda al lado, tocaba el laúd y leía los poetas antiguos. Después le besaba a ella los pies.

Alba, viuda, echó mucho de menos las fiestas de su Salam, y por consolarse aprendió a trinar en el laúd del difunto. La verdad es que le gustaría volver a casar, y cuando el piloto Sinbad empezó a mirarla en la fuente y a hablar en voz alta de que acaso casase, por ser oído de ella, Alba sintió en su corazón el frío de la soledad y comenzó a considerar que una mujer necesita amor y compañía, y el piloto parecía muy serio y generoso, muy delicado regando las plantas de su salido, y tenía amistad con la grandeza. Se contaban de él famosas navegaciones. Pero el señor Sinbad nunca

osaba dirigirle la palabra y solamente una vez, cuando la viuda Alba salió a baños calientes antes del monzón, osó acercársele Sinbad y la cogió de una mano. Pero no hubo más que aquella caricia y el piloto no dijo ni palabra. La viuda, con aquel toque de mano, tuvo fiebre y se le rompieron los labios. Cuando le llegaron noticias de que Sinbad iba a Especiería, comenzó a soñar que el piloto se ahogaba y no volvía más, y lloraba. Vinieron después las horas tristes de Sinbad y al principio Alba pensó que sería buena cosa cuidar al piloto, y cuando mejorase, pasar a bodas. Le mandó un billete a Arfe el Mozo y este fue a visitarla. No más verse se enamoraron. Ella se arrimó a la pared y Arfe, que estaba en la flor de la juventud y venía de un semestre en el mar, la tomó. Ella estaba tan nerviosa y azorada que a Arfe le llamaba Sinbad unas veces y otras Salam querido. Arfe le regaló un rubí. Alba quedó preñada y Arfe el Mozo la llevó para su casa, como primera mujer y única, y la pasaba de una habitación a otra sentada en un almohadón, no abortase.

Alba tiene los ojos negros y la piel blanca. Tiene el suave acento kuzmirí, que no lo perdió en Bolanda. Arfe el Mozo ya no navega, que vive de rentas, desde que su nave *Venadita* se perdió frente a Cochin, en una tempestad de verano. Se sientan en el patio, bajo el naranjo, a ver llegar el niño, o pasean por la terraza cogidos de la mano. Arfe, a veces, asusta a Alba diciéndole que vuelve al mar. Entonces ella, entre lágrimas, le obliga a ponerse el chaleco salvavidas de corcho del Jorasán y lo perfuma con corteza de ciprés, cuyo aroma ahuyenta el tiburón. Arfe se deja hacer sonriente. Alba siempre le pide lo mismo:

—Mirarás la luna a la misma hora que yo. Arfe dice que sí y la besa en la boca. Alba se desmaya y Arfe tiene que llamar a la nodriza, que viene corriendo y le pone seis sanguijuelas al ama en salva sea la parte.

Índice onomástico

- ABDALÁIBN ISMAEL AL MALAQI: Ciego de nacimiento. Era malagueño de nación. Sinbad lo apuntó para su nave *Venadita* como vigía y dedo pulgar. Recordaba cantares de su Málaga natal y era muy aficionado a chupar el níspero.
- ABDELKARIM AL ORMUZÍ: Uno de aquellos pilotos antiguos del califa de Bagdad que retaban por escrito al mar.
- ADALI: Marinero pobre. Fue el que adivinó, una vez, que Sinbad se había disfrazado de isla de Kafirete. Sostenía que no hay Cotovías al Sur. Era de los que iban a navegar con Sinbad en la *Venadita*, si la hubiese.
- AL AMIN: Piloto. Sabía dónde se cogía la ballena por estribor para pasar a Puisang. Murió en el mar.
- ALBA: Señora viuda algo romántica. Se habla de este amor de Sinbad en capítulo aparte.
- AL FARISIBNIAQIM AL GALIZÍ: Nombre arábigo de Álvaro Cunqueiro, hijo de Joaquín y de nación gallega, y autor de esta historia de Sinbad Marinero. Se hace pasar en el texto por traductor de arábigo al latino en la imperial ciudad de Toledo, en los días de la famosa escuela alfonsí.
- AL GARÍ: Piloto de Doncala que aprendió de los hindustanis a dormir de pie y también a levitar por la raja-yoga. Siempre estaba diciendo que quería ir a la isla de Java a buscar un caimán para la botica de La Meca.
- ALJACH MALINI: Uno de los dos ricos del Farfistán, con parada de camellos padres del país emparentados con el célebre camello *Jalil del Gran Mogol*. Tiene igualados a los camelleros de las estepas y sabe la ciencia genética antigua empírica, que impide que un tío preñe a una sobrina para que no decaigan las estirpes. Varias familias reales arábicas pusieron también esta condición entre humanos; entre ellas los hachemitas, custodios de los Lugares del Islam.
- ARFE EL MOZO: Famoso piloto del país de Bolanda. Compró una nave en Ormuz y la bautizó *Venadita* para que hubiese un sueño de Sinbad en el mar.
- ARFE EL VIEJO: Piloto que fue del califa de Bagdad. Navegó a Cipango, donde compró dos mujeres en un saldo de un tintorero. Resultó que estaban teñidas de verde manzana y le mancharon las sábanas al piloto. Las vendió en Cochin para la casa de té. Perdió una libra de incienso en el trato.
- BADRUBALDUR, PRINCESA DE: Una rosada hermosura que iba casada desde su isla de Levante a la corte de un rey esteparío. Bebía por paja la naranjada, lo que fue una gran novedad en Bolanda. Las gentes que vinieron a ver aquella moda se reían, y con la risa una labradora del Iadid parió en el medio de la plaza.
- BAMBARINO: Gran cazador de los melgaches. Lee con cristal de aumento. Es

hombre de mucha ciencia y curandero. Quedó viudo a los siete años y no se volvió a casar, por respeto a la memoria de la difunta, que tenía quince semanas cuando pasó a mejor vida, y era rubia con un lunar. Allá se estilan esas bodas infantiles.

BIRUNI, MESTRE: Piloto de Doncala que amistó en la carrera del Preste Juan con un delfín muy humano.

BORZASARES: Rey de los moros en Sumatra, que puso sus siete ciudades por encanto en una sortija, como siete piedras, y la sortija le cayó al mar en Adén. Quedó pobre y pedía por las puertas de Damasco, con la cabeza tapada. Alguna gente que sabía que era rey le lavaba los pies al darle limosna.

CALCUTA o CALICUTA: Gran ciudad, a mano derecha del viento zamor. Puerto célebre de malos pilotos. Tiene tres barrios de mujeres, y el precio lo pone el gran mogol por edicto. Tiene buenos higos y la correspondencia mercantil se hace allá por hilos de colores. Cuando llegaron los portugueses, los del país nunca habían oído una campana. Después estuvieron los ingleses, que de cabo de infantería para arriba se sonaban con algodón en rama.

CALIBO: Un emir gordo y colorado dueño de las brisas bengalies. Vive de alquilarlas y las marca en la grupa. Las fabrica con molinos de viento en los montes Baldasín, cuando no las hay del natural.

CANGREJO, EL: Tabernero de Bolanda, pequeño, gordo y calvo. Por marearse no pudo ser nunca marinero.

COCHÍN: Ciudad y reino de Oriente, en la sumisión del gran mogol, con una torre que cuando vienen forasteros y no se quiere que vean desde donde defiende la plaza, la meten bajo las aguas. Tiene puente de quita y pon y un reloj de agua en el patio del gobernador. Las mujeres andan con un zapato sí y otro no, que es moda allá el cojeo. Hay tres clases de vino de palma y dos de arroz, y cuando un cochínés encuentra a otro meando, y allá por sus vinos son todos muy diuréticos, le da la enhorabuena y evita tocarle con su sombra.

DAMA DE ORMUZ, LA: Señora de la que solamente se sabe que le regaló a Sinbad un retal amarillo de satinado levantisco para una pechera. Sinbad lo utilizó en un camisón.

DUQUE SOMALÍ, EL: Pasó por Bolanda camino de La Meca y traía la novedad de comer con tenedor, cosa que nunca había sido vista entre arábigos.

FARFISTÁN: Reino donde hay cosecha de rosas. Allí nació la primera rosa colorada, porque un príncipe se desnudó delante de una rosa blanca y esta se ruborizó.

FIRÍ: Un vecino de Bolanda dueño de una burra de leche que le alquiló a Sinbad. La burra era muy humilde y atendía a la tercera palmada. El Firí era tuerto y por eso no quería ordeñar su propia burra, de miedo a que se cortase la leche.

GAMAL BARDASÍ DE LAS SOSPECHAS: Príncipe del perdido Reino Doncel. Era dado a leer de plantas y a injertar limoneros, y muy tímido para las mujeres.

INTÉRPRETE DE FORÁNEOS, EL: Oficial mayor del gobierno de Madagascar, que quería ser campeón mundial del juego de chapas a raya.

KAFIRETE: Isla al Sur Suroeste, que tiene volcán. Sinbad se disfrazó imitándola para confundir a un piloto reumático que decía que él en aquella isla era como de casa, y nunca había estado en ella.

LALAÍA: Una vieja de Bolanda, que se asomó una vez por una ventana y vio gratis pasar a Sinbad, y su turbante adornado con la pluma del Ave Roe.

LANCERO DE BASORA, EL: Guardaba los astilleros y ayudó a Sinbad a averiguar si había o no *Venadita*. No pudo echarle una mano cuando el piloto cayó conmocionado porque tenía una cabra pariendo en casa.

Ll: El chino que puso la aguja al Norte.

MANSUR: El fondista de Bolanda. Era manco y echaba la pimienta en grano por soplo.

MARCO POLO: Piloto de venecianos, que pasó por Bolanda con la princesa de Badrubaldur que iba casada con un rey estepario. Trató con los pilotos árabes del monzón y de la isla Ceilán.

MIRÁN DE MOARA: Rey de esta torre y laguna. Le compró a Sinbad el pez papagayo.

MONSAID: Piloto del califa de Bagdad. Rico, ingenuo y compasivo. Navegó a la Trapobana.

MOSTAZÁN: Piloto a quien robaron una oreja los hindúes cuando estaba durmiendo al sereno, en Calicuta.

MULEY CASIMIRO: Cocinero que vino a apuntarse en la *Venadita*. Hacía tarta de boda, y en el Polo Norte ponía un clavel en la blanca merengada.

MUSTAFÁ: Cordelero de Bolanda. Por habérselo oído a Sinbad, vendía cordaje morisco cocido.

MUSTAFÁ AL ORMUZÍ: El primero de los pilotos árabes que llegó a la isla de Java.

OMAR PEQUEÑO: Estrellero de Sinbad. Alto nueve cuartas, tiene un pie mayor que el otro, y teniendo el dedo gordo suelto y habiendo pintado números en la planta, hace el reloj de sol con gran comodidad.

PINZAO: Cestero que hacía veletas en Cainám.

RUZ EL NEGRO: Piloto etíope del califa de Bagdad. Crespo, craso y regoldador.

SARI: Criado de mareas y refrescos de Sinbad. Creía y no creía que había Cotovías al Sur y nave *Venadita*. Nunca más volvió del Farfistán.

SIDI MUZA: Mercader del Farfistán, muy salivador. Llevaba la punta de la barba a la

oreja izquierda, sujeta con una cadena de oro.

SIDI RAXEL AL GAZULI: Mercader del Farfistán, que quizá fuese el que le escribió a Sinbad preguntándole si era el tal Sinbad y quería ser su piloto.

SOGUN DE CIPANGO: El que manda en el Japón. Duerme dentro de una caja encerrada en otras siete, por miedo a los usurpadores. Un día a la semana come ancas de rana con polvo de oro. Fornica con su careta puesta a las forasteras, haciéndose pasar por su amor lejano.

SUEGRA QUINTA DE SULTÁN DE MELINDE, LA: Tenía que darse un baño de luna llena en un punto que tenía en la cadera, y para bajarse de la luna concentrada, se tomaba el lunar con una caña.

SULTÁN DE MELINDE, EL: Sale a buscar mujer nueva cuando va a haber planeta. Tiene la enemistad de un viento nornoroeste que no quiere dejarle pasar por el estrecho de Miraquienviene.

TÍO DE GAMAL BARDASÍ, EL: Jorobeta tiránico que por magia metió Reino Doncel bajo las aguas.

TURCO DE BASORA, EL: No tuvo caridad con Sinbad.

ULISES DE ÍTACA: Se cita de pasada por Al Faris Ibn Iaqim al Galizí, por una oda de Horacio que se traducía en Toledo, en la Escuela. En un libro que trata de navegaciones no debe faltar la sombra de este señor del mar.

VENADITA: Sirena moluca, inocente. Jugaba con el ombligo de Sinbad.

VENADITA: Nave de Sinbad, que no se sabe si la hubo o no.

VENDEDORES DE PERFUME, LOS: Señores mercaderes del Farfistán con derecho a espada, que recitaban en la noche, al amor del fuego, Rubaiyat de Ornar Jayam de Nisapur.



ÁLVARO CUNQUEIRO MORA. (Mondoñedo, Galicia, 22 de diciembre de 1911 - Vigo, 28 de febrero de 1981). Escritor y cronista, gran conocedor de la gastronomía española.

Estudia Filosofía y Letras en la Universidad de Santiago de Compostela entre 1927 y 1934. En 1929 colabora en varias revistas, como *Vallibria* y *Galiza*. Publica su primer libro de poemas, *Mar ao Norde*, en 1932, seguido por *Poemas do sí e non* en 1933. Compagina esta actividad con sus colaboraciones (poemas y artículos) en otras revistas y diarios como *Céltiga*, *Descobrimento*, y *El Compostelano*.

Durante la Guerra Civil, y vinculado al nacionalismo conservador del Partido Galeguista, se refugia en Ortigueira, donde trabaja como profesor en el colegio Santa Marta y colabora asiduamente en el semanario de la institución. En 1938 se da de alta en el Registro General de Periodistas y comienza a ser conocido por su trabajo en castellano en las publicaciones *Pueblo gallego* de Vigo, *La voz de España* de San Sebastián, y el *ABC* de Madrid.

Esta actividad como periodista no supone un abandono de la poesía, ya que publica *Elegías y canciones* en 1940 y también sus conocidas obras de teatro *Rogelia en Finisterre* (1941), *El caballero, la muerte y el diablo y otras dos o tres historias* (1945), *La balada de las damas del tiempo pasado* (1945), y *San Gonzalo* (1945).

Desde Madrid colabora esporádicamente en revistas literarias como *Finisterre* y *Posío* y finalmente decide volver en 1946 a Galicia, donde continúa su labor intelectual y su colaboración con los principales periódicos gallegos.

En 1964 ingresa en la Real Academia Gallega con su discurso «Tesouros novos e vellos», una pieza clásica de la literatura gallega contemporánea.

Como escritor gana numerosos premios, entre los que destacan el Premio Nacional de la Crítica y el Premio Nadal, y como periodista, el afamado Premio Conde de Godó.

El día 17 de mayo de 1991 tiene lugar la celebración en su honor de las Letras Galegas. En la actualidad varios premios llevan su nombre, como el Premio Nacional de Periodismo Gastronómico y el Premio Álvaro Cunqueiro para Textos Teatrais.

Notas

[1] En gallego 'curuto' vale por parte más elevada de un monte, y, por metáfora, por parte más elevada de cualquier cosa. Morena traduce el gallego 'morea'. En el DRAE morena significa montón de mies, o de piedras y barro. En gallego *morea* vale, además de montón de piedras, por gran cantidad de algo. <<

[2] Corresponde con el gallego *abandar* el castellano ‘abanear’, que significa mover o sacudir, y que viene del portugués *abandar* según el DRAE. <<

[3] Estos ‘pastos y huelgas’ traducen el gallego *pasteiros* y *folganzas*. *Folganza*, según el *Diccionario da Lingua Galega* (DRAG; 1997) de la Real Academia Galega, significa: *Situación na que non se realiza ningunha actividade*. Cunqueiro confunde en gallego *folganza* con *folgado* o *folgados* que, según el mismo diccionario, significa: En descanso, en *folga* [terra de labor], es decir, que son tierras en barbecho. Pero, curiosamente, al traducir el equivocado gallego *folganzas* por ‘huelgas’ Cunqueiro un poco sí acierta porque en castellano hay un ‘huelga’, que significa, según el DRAE: Terreno de cultivo, especialmente fértil, y que tiene distinta procedencia etimológica que *folgados*, pues al parecer viene del céltico *olca*. En los documentos medievales del Bierzo aparece *olga*, con el mismo significado. Muy cerca de Burgos está el Monasterio de las Huelgas, como testimonio actual de dicha palabra en la toponimia. <<

[4] Cunqueiro traduce mecánicamente el gallego *tona* por el castellano ‘nata’. *Tona* en gallego vale por capa sólida formada sobre un líquido, y también por *parte superficial da terra e das augas*, según el DRAG. Por lo tanto ‘nata’, en este caso, no puede traducir el gallego *tona*. <<

[5] Se entiende mal la parte última de la frase, eso de ‘la moda de los corsés’ entre las mujeres nativas. Si acudimos al original gallego vemos que allí se dice: ...*moita moda de corsés de balea entre as mulleres*. Falta en castellano un ballena para traducir el gallego *balea*. Los dientes de la ballena (animal) sirven de ballenas (varas elásticas) para hacer los corsés de las mujeres. <<